

El Castillo de Aalholm

Una novela – Setecientos años en una isla llana

Castillo de Aalholm

2026

Índice

PRÓLOGO	2
Las anguilas	2
PRIMERA PARTE: EL REY EN EL SÓTANO	4
1. 1329 – Un reino en venta	4
2. 1330 – La carta del conde	5
3. 1332 – El sótano	6
4. 1342–1360 – Atterdag	8
5. 1362–1366 – La mesa donde se repartió el Norte .	10
6. 1368 – El hombre que habló	11
7. 1376 – Dos reyes, una corona	13
8. 1377 – El emperador cita a juicio	15
9. 1394 – La mujer más poderosa del Norte	17
10. 1409–1471 – La caravana de los reyes	18
11. 1460 – El usufructo de viudedad	19
12. 1503 – El rey Hans	22
SEGUNDA PARTE: LA ISLA DE LAS REINAS	25
13. 1516–1526 – La pensión de viuda	25
14. 1533–1534 – El año en que llegaron los campesinos	26
15. 1538–1551 – El rey que lo recuperó	27
16. 1581–1585 – El muro	28
17. 1588–1611 – La reina de los bueyes	30
18. 1628–1634 – El gobernador que dijo no	31
19. 1658 – Sobre el hielo	32

20. 1658–1725 – La factura	33
21. 1662 – El distrito que sobrevivió a su castillo . . .	35
22. 1717 – Polvos para las pelucas	37

TERCERA PARTE: LA VIUDA QUE COMPRÓ UN CASTILLO

	40
23. 1725–1734 – Emerentia	40
24. 1746 – La capilla	41
25. 1749–1783 – El diario del conde	43
26. 1765 – Las focas del conde	45
27. 1770 – El código secreto del conde	47
28. 1791–1838 – El conde que medía las estrellas . .	50
29. 1830 – Llegan los anticuarios	52
30. 1838 – El conde loco	55
31. 1843 – El rey y la reina en Nysted	56
32. 1864 – Los doce del cementerio	59
33. 1865 – El conde loco en Rydhav	61
34. 1869 – El castillo de la torre de las estrellas . . .	64
35. 1874 – El poeta en el jardín del castillo	66
36. 1875 – El nombre	69
37. 1880–1881 – El Tribunal Supremo	69

CUARTA PARTE: LA EXCELENCIA

	71
38. 1882 – El joven y el jardín	71
39. 1884 – El inglés y los faisanes	73
40. 1885 – Las águilas reales	75
41. 1885–1889 – Cuando el castillo recibió su rostro .	77
42. 1890 – La montería que nunca se celebró	80
43. 1891–1908 – La lista de invitados	83
44. 1901 – La ciudad empieza su diario	84
45. 1905 – El ministro de Asuntos Exteriores	86
46. 1905 – Noruega consigue su rey	87
47. 1908 – El conde va a ver al rey	90

48. 1909 – El médico que escribió la historia de la ciudad	93
49. 1913 – Llega el rey	95
50. 1915–1921 – La factura, segunda vez	96
51. 1920 – La hora decisiva de las casas señoriales . .	98
52. 1931 – El jardín encuentra a su historiador	100
53. 1933 – Adiós	102

QUINTA PARTE: EL BARÓN DE LOS AUTOMÓVILES

54. 1940–1955 – La restauración que no llegó a ser .	104
55. 1944 – La película	105
56. 1964–1972 – Gasolina en la sangre	106
57. 1965 – El hombre que leía los muros	107
58. 1968–1989 – Un tren de vapor, un caza a reacción y una cabina telefónica	110
59. 1980 – Merete y John	111
60. La Riviera – El chófer va por delante	112
61. 1989 – Oscuro y trece grados	113
62. 1990–1991 – El túnel y el tesoro	114
63. 1992–1996 – Martillazo sobre una época	115

EPÍLOGO: LA CUARTA CAMPAÑA

64. 1995–2012 – El multimillonario que coleccionaba castillos	117
65. 2019 – Después de 2019	118
66. Hoy – Los que se quedaron	119

CLAVE DE FUENTES

Este relato se basa en las 96 historias-fuente reunidas en aalholmslot.dk: fechas, nombres, cartas, libros de cuentas y leyendas. Las personas vivieron, y la mayor parte de lo narrado ocurrió. Pero las conversaciones, los pensamientos y el tiempo que hacía pertenecen a la novela, porque los archivos callan sobre lo que la gente decía una vez cerrada la puerta. Al final del libro hay una clave de fuentes que muestra en qué capítulo se ha integrado cada una de las 96 historias.

PRÓLOGO

Las anguilas

Antes de que hubiera un castillo, hubo anguilas.

Llegaban en otoño, cuando las noches se alargaban y el agua de la albufera se enfriaba, y se deslizaban desde el Báltico por la estrecha bocana de Nysted, a miles y miles, plateadas y decididas, rumbo al lago de agua dulce tras el islote. Los pescadores conocían sus caminos. Colocaban las nasas en la corriente, donde el agua salada se encontraba con la dulce, y llamaban al lugar por su verdadero nombre: Ålholmen. El islote de las anguilas.

Un día, en las últimas décadas del siglo XIII, un hombre se detuvo en el islote sin mirar las anguilas. Miraba el agua. Vio que el islote era llano como una mesa, que se veía cada barca que entraba por la bocana y cada jinete que bajaba por el camino del norte. Vio que había agua alrededor y que nadie podía llegar al lugar sin ser visto. Y vio que Alemania estaba justo allí, tras el horizonte bajo del sur, donde los condes de Holstein calculaban cuánto valía Dinamarca.

Aquel hombre era el rey. No sabemos con certeza cuál: las fuentes dicen 1256, y dicen que el antiguo castillo de Refshale había caído y había que levantar uno nuevo. Pero sabemos lo que pensaba, porque está escrito en los muros: *Aquí*.

Se construyó con ladrillo rojo de monje sobre cimientos de cantos erráticos. Se construyó un rectángulo de treinta por setenta y cuatro metros, con torres en las esquinas y muros tan gruesos que un hombre podía tenderse de través en el hueco de una ventana. Se construyó durante décadas, y cuando estuvo terminado, Dinamarca tenía una puerta al sur que podía cerrarse.

No era la belleza. El rey no había visto la puesta de sol sobre la albufera, ni la luz en los juncos, ni las garzas sobre una pata en el agua somera. Había visto los ángulos.

La belleza llegó después. Llegó con las reinas, con los jardines de los condes, con los osos de un loco y con un barón que amaba los automóviles más que la tierra. Pero durante setecientos años, todos los que quisieron algo de Lolland tuvieron que contar con el islote llano de la albufera.

Algunos llegaron con un ejército. Otros con vestido de novia. Otros con cadenas en los tobillos.

Y las anguilas volvían cada otoño, fuera quien fuese el dueño del castillo.

PRIMERA PARTE: EL REY EN EL SÓTANO

1. 1329 – Un reino en venta

Cristóbal II era un rey que nunca tenía bastante.

Ni bastante dinero, ni bastantes soldados, ni bastantes amigos. Había heredado un reino ya empeñado a trozos, y lo había empeorado. Cuando subió al trono en 1320, los magnates lo obligaron a firmar una carta tan estricta que habría convertido a un santo en rebelde. Cristóbal no era un santo. La violó cláusula por cláusula, y pagó cada violación con tierras.

En 1328 ya no quedaban tierras con que pagar. Solo las islas.

Uno puede imaginarlo en Ringsted, en el acuerdo con el que Aalholm entra por primera vez en la historia escrita. Un hombre pesado, de rostro pesado, rodeado de condes holsteinianos que hablaban danés con acento alemán y calculaban más rápido de lo que él pensaba. Frente a él, su medio hermano, Juan de Plön, llamado *el Manso*, por ironía o simplemente según un baremo muy bajo.

—Lolland y Falster —dijo Juan—. Con los castillos. Con Aalholm.

—Como garantía —dijo Cristóbal—. Hasta que se devuelva el préstamo.

—Naturalmente —dijo Juan, y sonrió, y todos en la mesa sabían que el préstamo nunca se devolvería, porque Cristóbal nunca había devuelto ningún préstamo, y porque la suma era tan grande que no podía pagarla un reino que ya no se pertenecía a sí mismo.

Se redactó la escritura de empeño. Aalholm cambió de manos sin que se desenvainara una sola espada. El rey volvió a casa con dinero para una guerra que ya había perdido.

Y el conde Juan envió a su gente al islote llano de la albufera.

2. 1330 – La carta del conde

La carta más antigua que conocemos de Aalholm es de 1330, y es una carta sobre regalos.

El conde Juan, instalado en el castillo, escribió a los curas de Lolland. Les dio algo —tierras, derechos, privilegios— y firmó con el sello condal. Es una carta amable. Es la carta de un hombre que quiere caer bien al clero local, porque sabe que es un extraño aquí y que los campesinos de Musse Herred no han olvidado quién es su rey legítimo.

Juan no era tonto. Reforzó Aalholm. Hizo elevar muros y añadir torres, puso guardias holsteinianos en la muralla

y escribanos holsteinianos en la cancillería. Dejó que los pescadores de anguilas conservaran sus nasas, porque un hombre sabio no se pelea con quienes traen la comida.

Pero tenía un problema, y el problema se llamaba Cristóbal.

El rey depuesto seguía vivo. Vagaba por el reino que había sido suyo, un mendigo con corona, y allá donde iba, la inquietud iba con él. Campesinos que no querían pagar impuestos a un holsteiniano. Nobles que habían calculado mal y ahora se arrepentían. Cristóbal era débil, pero era el rey, y un rey débil sigue siendo más peligroso que ningún rey.

En 1331 Cristóbal hizo un último intento. Reunió lo que pudo, y perdió. Y tras la derrota solo había un lugar donde los holsteinianos podían ponerlo, donde nadie pudiera alcanzarlo y nadie pudiera olvidar quién tenía la llave.

Lo enviaron a Aalholm.

3. 1332 – El sótano

El rey se alojaba en casa de Peder Hvitfeldt.

Era una casa de piedra con tejado de cañas en Sakskøbing, y era lo que le quedaba al rey de Dinamarca en 1332: un cobijo en casa de un noble de Lolland, en el mismo paisaje que él había empeñado tres años antes. Cristóbal II seguía siendo rey de nombre. No tenía castillos, ni ejército, ni dinero, y su medio hermano Juan gobernaba las islas desde Aalholm con su propia cancillería.

Dos hombres de la baja nobleza, Henneke Breide y Johan Ellemose, vieron ahí un negocio. Un rey tenía que valer algo. En aquellos tiempos sin ley, en que todo estaba en venta, contaban con un buen rescate, y prendieron fuego a la casa de Hvitfeldt.

Cristóbal saltó por la ventana. Allí lo apresaron.

Luego lo llevaron a Aalholm. Por la puerta del castillo que él mismo había fortificado y que su propio medio hermano tenía ahora como residencia. Las fuentes dicen que el conde Juan estaba en el castillo aquel día. Hay que imaginarlo: el rey de Dinamarca y el verdadero señor de Dinamarca, hijos de la misma madre, la reina viuda Inés de Brandeburgo, frente a frente en el patio. Uno cubierto de hollín y ceniza, con las manos atadas. El otro con todo el este de Dinamarca en su puño.

La mazmorra bajo la torre noroeste sigue ahí. Se bajan unos escalones estrechos, la luz se vuelve gris y luego desaparece, y el aire se enfría de un modo que nada tiene que ver con la estación. Los muros tienen tres metros de grosor. No se oye la albufera de fuera. Nadie sabe exactamente en qué estancia estuvo el rey ni cuánto tiempo. Hay que imaginar paja en el suelo, un camastro, un cubo, algo de luz por una rendija. No una cámara de tortura. Una habitación segura, donde un rey vencido podía mantenerse bajo guardia mientras sus captores esperaban a que alguien pagara.

Nadie quiso pagar.

Ese es el punto más cruel de toda la historia: los secuestradores querían vender un rey y descubrieron que no había compradores.

El conde Juan, como anota secamente el libro popular de 1869, «no daba ningún valor a su medio hermano, sino que lo dejó marchar enseguida». No por misericordia. Por indiferencia. Envío a Cristóbal a Nykøbing: liberado, sin reino, sin poder, sin futuro.

Allí murió Cristóbal II el 2 de agosto de 1332, roto de pena, dice la crónica. Fue enterrado en Sorø. A su muerte, toda Dinamarca estaba empeñada: Jutlandia y Fionia al conde Gerardo; Selandia, Escania y las islas al conde Juan. El reino estuvo ocho años sin rey. Los historiadores llaman a su herencia lo que fue: una quiebra.

Los visitantes que hoy bajan al sótano notan un silencio particular. Algunos dicen que son solo las piedras. Otros no dicen nada y vuelven a subir deprisa.

4. 1342–1360 – Atterdag

Era el hijo menor y había crecido en el extranjero, en la corte del emperador, donde se aprendía a esperar.

Valdemar Christoffersen regresó a Dinamarca en 1340, un joven con el nombre de su padre y nada más. El reino seguía empeñado. Los holsteinianos seguían en Aalholm. Pero Valdemar no era su padre. Sabía contar, sabía esperar, y sabía que un reino no se recompra de golpe, sino pedazo a pedazo, castillo a castillo.

En 1342, el hombre del conde Juan en Aalholm escribió a

Holstein quejándose de «la burda presunción del rey». Es una frase deliciosa. Revela que el joven Valdemar ya había empezado a comportarse como si Lolland fuera suyo, sin pedir permiso a nadie.

En 1346 lo fue. No por una gran batalla, sino por una mezcla de dinero, presión y paciencia que los holsteinianos acabaron por no poder resistir. Valdemar recuperó Lolland y Falster y entró en Aalholm como el primer rey danés en dieciocho años.

Uno puede imaginarlo en el patio, mirando las torres. Las hizo reforzar. Hizo revisar los muros. E hizo algo que ningún rey había hecho antes ni ha hecho después: nombró a su propio hijo Cristóbal duque de Lolland.

El niño llevaba el nombre del abuelo que había estado en el sótano. Ahora tenía corte en el castillo de arriba. En 1360 el joven duque concedió privilegios a Nysted «en nuestro castillo de Ålholm», y se oye el placer en esas palabras. *Nuestro castillo*. No el del conde. No el del acreedor. El nuestro.

Valdemar recibió el sobrenombre de Atterdag —«otra vez día»— porque hizo que volviera a ser de día. El duque Cristóbal murió joven, en 1363, de una herida recibida en una batalla junto a Helsingborg, y Valdemar perdió a su único hijo. Pero Aalholm era danés. Y así siguió.

5. 1362–1366 – La mesa donde se repartió el Norte

En aquellos años Aalholm no era solo un castillo. Era una mesa de negociación.

En 1362 Valdemar Atterdag se sentó aquí con Alberto de Mecklemburgo, un duque alemán con ambiciones tan grandes como su barba, y los dos se repartieron el Norte como dos hombres que cortan un pastel. Quién tendría qué en Suecia, por dónde iría la frontera, quién se casaría con quién. El gran salón de Aalholm debió de oír en aquellos años más alta política que ninguna otra sala de Dinamarca.

Cuatro años después, en julio de 1366, Valdemar volvió a sentarse aquí. Esta vez cerró una alianza secreta con el duque Alberto, dirigida contra su propio yerno, Håkon de Noruega. La alianza tomó el nombre del lugar: el tratado de Ålholm. Es una de las pocas veces que un castillo danés ha dado nombre a la gran política, y ocurrió en un acuerdo del que la propia hija del rey no debía, presumiblemente, saber nada.

Las cenas familiares en la Edad Media no eran para espíritus delicados.

Pero Valdemar no era invencible. En 1368, las ciudades hanseáticas, los holsteinianos, Suecia y Mecklemburgo se alzaron contra él a la vez, y el rey tuvo que huir del país. Dejó sus castillos a sus gobernadores y su reino a Dios.

En Aalholm estaba un hombre llamado Kersten Kule.

6. 1368 – El hombre que habló

En septiembre de 1368 el conde Enrique de Holstein desembarcó en Lolland con un ejército que las naves de la Hansa habían transportado. Lo llamaban Enrique de Hierro, y no había venido a negociar. Valdemar Atterdag había huido del país. La Hansa, los holsteinianos, Suecia y Mecklemburgo se habían alzado a la vez, y los castillos del rey caían como bolos. Ahora Enrique de Hierro estaba ante Aalholm.

En el castillo estaba el caballero don Kersten Kule. Tenía Aalholm en prenda; no era un héroe de guerra, y sabía lo que tenía: demasiado pocos hombres, demasiado poco grano, ningún rey a quien enviar mensajero. También sabía lo que tenía Enrique de Hierro: un ejército que no podía pasar todo el invierno ante un castillo rodeado de agua.

Así que Kule habló.

El 8 de septiembre de 1368 concertó una tregua para todo Lolland. Tres días después, el gobernador de Ravnsborg hizo lo mismo. Las condiciones eran ingeniosas: paz hasta el 1 de mayo de 1369, día en que se decidiría la suerte de los castillos. Hasta entonces, cada cual conservaba sus bienes en paz. El ejército podía retirarse. Nadie tendría que pasar hambre en invierno.

Enrique de Hierro aceptó. Era, al fin y al cabo, una rendición con fecha aplazada.

Y Kule ganó tiempo.

El 1 de mayo de 1369 llegó y pasó. Aalholm no fue entregado.

Había, al parecer, ambigüedades en el acuerdo, cartas que cotejar, negociaciones sin concluir. En noviembre de 1369 Valdemar hizo la paz con las ciudades hanseáticas. Todavía en septiembre de 1370 Kersten Kule estaba en Bardewick, con el duque de Brunswick-Luneburgo, explicando con toda seriedad que los castillos se entregarían, por supuesto, en cuanto las partes estuvieran «plenamente de acuerdo y reconciliadas sobre todas las negociaciones y cartas».

Nunca se estuvo plenamente de acuerdo.

Mientras tanto, Valdemar ganó la guerra. Cuando el rey regresó, Aalholm seguía en pie, nunca tomado, con Kersten Kule en la muralla. El libro popular de 1869 concluye secamente que Kule y su colega de Ravnsborg «habían actuado, pues, con evidente sabiduría». Un siglo después, el gran arqueólogo de castillos del Museo Nacional lo llamó un magistral acuerdo dilatorio.

Es uno de los títulos más hermosos que un funcionario danés haya ganado jamás: el hombre que se libró de un asedio hablando. No disparó una sola flecha. Escribió cartas, celebró reuniones, pidió prórrogas y dejó que el calendario trabajara para él hasta que la guerra terminó. El castillo aprendió aquel día de otoño algo que necesitaría una y otra vez durante los seiscientos años siguientes: que no siempre se gana luchando.

7. 1376 – Dos reyes, una corona

Valdemar Atterdag murió el 24 de octubre de 1375 y dejó un reino sin hijo varón.

Cristóbal, el duque de Lolland que había tenido corte en Aalholm, había muerto en 1363. Quedaban las hijas y sus hijos. Ingeborg, la mayor, había estado casada con el duque Enrique de Mecklemburgo, y su hijo se llamaba Alberto. Margarita, la menor, estaba casada con el rey Håkon de Noruega, y su hijo se llamaba Oluf. Tenía cinco años.

Dinamarca era un reino electivo. Pero los mecklemburgueses no esperaron a ninguna elección. Pocos meses después de la muerte de Valdemar, el joven Alberto aparece en los documentos como *rey Alberto de Dinamarca*: un título de grandes ambiciones y sin reino detrás. Y el 21 de enero de 1376 la familia y sus aliados se reunieron en Grevesmühlen, en el norte de Alemania, para comprar la ayuda que hiciera real el título.

El precio era Aalholm.

El documento se conserva en el archivo de Schwerin, con veintisiete sellos de cera. En él, el «rey de Dinamarca» de quince años declara, junto con los duques de Mecklemburgo, deber a los condes de Holstein 30.000 marcos de plata fina, y como garantía empeñan Ålholm, Ravensborg y toda la tierra de Lolland, y además Kolding, Ribe y Sejerø. Los holsteinianos, a cambio, lucharían por la causa mecklemburguesa.

Alberto empeñaba un castillo que nunca había visto. Aalholm

no estaba en sus manos. Sobre el papel disponía de un reino que aún tenía que conquistar.

En Aalholm estaba el capitán Henning Schacht, y él pertenecía al otro bando. Seis semanas después de Grevesmühlen, el 4 de marzo de 1376, el duque Bogislao VI de Pomerania se plantó en el patio, junto a la albufera de Nysted, y se comprometió a apoyar a Oluf, al rey Håkon y a la reina Margarita contra sus enemigos «con todas sus fuerzas». Mientras el castillo se regalaba en el norte de Alemania, dentro del castillo mismo se sellaba una alianza para el bando contrario.

Ese mismo día ocurrieron otras dos cosas. En Roskilde, el arzobispo de Lund y varios magnates declararon su apoyo a Oluf. Y en Eger, a varios cientos de kilómetros al sur, el emperador Carlos IV prometió ayudar a los mecklemburgueses a hacerse con el reino de Dinamarca. Dos bandos a ambos lados del Báltico trabajaban el 4 de marzo de 1376 por dos reyes daneses distintos, y Aalholm estaba en medio.

Margarita ganó el primer asalto con el arma que dominaba mejor que nadie: los propios hombres del reino. El 3 de mayo de 1376, la asamblea de Slagelse eligió rey a Oluf, de cinco años. Una flota mecklemburguesa entró en el Øresund en septiembre y la guerra flotaba en el aire, pero el 21 de septiembre se llegó a un acuerdo en Copenhague. Mecklemburgo reconoció a Oluf.

Uno pensaría que Aalholm quedaba así fuera del asunto. No fue así.

8. 1377 – El emperador cita a juicio

El 12 de septiembre de 1377, el emperador Carlos IV estaba en Tangermünde, a orillas del Elba, y ordenó a su cancillería redactar tres cartas.

Las tres trataban de Dinamarca. El viejo duque Alberto de Mecklemburgo se había quejado de nuevo en nombre de su nieto: el reino correspondía por derecho de sucesión al joven Alberto, y sin embargo capitanes daneses ocupaban los castillos de la Corona y los retenían, en palabras de la carta imperial, *contra deum et iusticiam*, contra Dios y la justicia. Una carta fue a dieciocho capitanes de Jutlandia. Dos casi idénticas fueron a los capitanes de las islas.

El emperador nombró los castillos uno por uno, y al hombre de cada uno. Hagenskov. Nyborg. Fåborg. Kærstrup. Tranekær. Ravnsborg. Y luego:

tu Nicolae Thome castrum Alholm: «tú, Niels Thomsen, el castillo de Ålholm».

Aalholm había cambiado de capitán. En agosto de 1376 era Henning Schacht; un año después era Niels Thomsen, un escudero que diez semanas antes había estado en Nyborg entre los hombres que, junto con el rey Oluf, la reina Margarita y cuarenta y cuatro caballeros, se comprometieron a mantener unido el reino. Era uno de aquellos sobre quienes descansaba el gobierno de Margarita.

Ahora se le ordenaba comparecer ante el emperador o el juez

de su corte, en Alemania, en el plazo de dieciocho semanas. Si no comparecía, el emperador procedería contra él «hasta donde el derecho lo permita». Para que no pudiera alegar miedo al viaje, se le concedió incluso salvoconducto imperial de ida y vuelta. Era rutina en la cancillería imperial, y precisamente la rutina revela cómo veía el asunto Carlos IV: como un pleito ordinario ante su tribunal, con los castellanos de Dinamarca como demandados.

Uno puede imaginar a Niels Thomsen recibiendo la carta. Un pergamino con el sello del emperador, traído por un heraldo. La orden de viajar a tierra enemiga y responder ante el hombre más poderoso de Europa por el delito de tener un castillo danés para el rey danés.

No hay rastro de que fuera.

Hay, en cambio, rastro de lo contrario. El 27 de enero de 1378 —pocas semanas después de expirar las dieciocho semanas— Niels Thomsen compareció en el tribunal de Lolland. Allí se le transfirió una heredad en Hessel con tierras en la parroquia de Radsted. En la escritura se le llama «capitán de Aalholm y juez provincial de Lolland».

No fue a Alemania. Compró tierra en Lolland.

Y se quedó. En octubre de 1382 aún figura como capitán de Aalholm. El emperador murió en Praga en noviembre de 1378, el viejo duque Alberto en febrero de 1379, y el asunto se diluyó. Las tres cartas imperiales siguen hoy en Schwerin, en el archivo del demandante, intactas. Una citación imperial debía notificarla quien la había solicitado. Que las cartas nunca salieran del arca

del duque lo dice todo sobre hasta dónde llegó el asunto.

Por un momento, en septiembre de 1377, el capitán de Aalholm ocupaba su puesto como hombre del rey danés mientras el soberano más poderoso de Europa declaraba que no tenía derecho a ocuparlo. Se quedó de todos modos.

9. 1394 – La mujer más poderosa del Norte

Tenía diez años cuando la casaron y diecisiete cuando fue reina de Noruega. Tenía treinta y siete cuando de hecho gobernaba tres reinos, y ningún hombre del Norte se atrevía a contradecirla.

Margarita, hija de Valdemar.

En 1394 se instaló en Aalholm. No para descansar — Margarita nunca descansaba—, sino para negociar. Las ciudades hanseáticas, las ricas ciudades mercantiles alemanas que habían humillado a su padre, enviaron a sus emisarios a Lolland, y la reina los recibió en el castillo donde su abuelo había estado en el sótano.

Se la ve en el gran salón: una mujer de negro, pues llevó luto durante años, con un rostro que no revelaba nada y unos ojos que lo veían todo. Los hanseáticos llegaron con exigencias. Ella escuchó. Llegaron con amenazas. Ella escuchó. Llegaron con ofertas. Entonces ella empezó a hablar, y cuando terminó, le habían dado más de lo que habían venido a tomar.

Fue aquí donde el castillo tomó su forma medieval definitiva. El ala sur se completó mientras la reina vivía en él, y el ala

que aún lleva su nombre —el ala Margarita— es el recuerdo de aquellos años. Se sentaba a la ventana sobre la albufera y dictaba cartas a Estocolmo, a Oslo, a Roma. Durante aquellos meses, Aalholm fue la capital del Norte.

Los emisarios de la Hansa volvieron a casa con acuerdos que no habían querido y un respeto que no esperaban. Uno de ellos habría dicho que era más fácil negociar con tres reyes que con una Margarita.

Murió en 1412 a bordo de un barco en el fiordo de Flensburg. Aalholm pasó a los reyes que ella había hecho posibles.

10. 1409–1471 – La caravana de los reyes

Tras Margarita llegaron en fila, como si Aalholm fuera una posta en el camino al poder.

Erik de Pomerania, su hijo adoptivo, fue el rey que liberó Nysted en 1409. La ciudad había estado bajo el castillo como una criada bajo sus señores; ahora recibía fuero y derecho a comerciar por su cuenta. Nysted dio las gracias al rey y nunca lo olvidó. En 1438, cuando Erik salía de su reino hacia su carrera de pirata en Gotland, dio Aalholm al duque Barnim de Pomerania: regalo de despedida de un rey que ya no poseía nada que regalar.

Luego llegó Cristóbal de Baviera, y llegó con una novia.

Se llamaba Dorotea de Brandeburgo y tenía quince años cuando conoció a su rey en Aalholm en 1445. Uno puede

imaginarla: una hija de príncipe alemán, enviada al norte con arcones de ajuar y un séquito de damas que le habían contado lo que le esperaba. Vio surgir el castillo de la albufera, rojo y pesado, y vio al hombre que iba a ser suyo.

Cristóbal murió tres años después. Dorotea tenía dieciocho años y era viuda.

Volvió a casarse, con el siguiente rey, Cristián I, que gobernó desde Aalholm en 1454 y no manejaba sus finanzas mejor que sus predecesores. En 1471 Dorotea le prestó dinero y tomó Aalholm en prenda. La reina como banquera del rey. La muchacha que había llegado al castillo como novia de quince años era ahora su dueña.

Era el comienzo de algo que duraría doscientos años: Aalholm como isla de las reinas.

11. 1460 – El usufructo de viudedad

La palabra es antigua y pesada: *livgeding*, el usufructo de viudedad. Era la pensión de viuda de la Edad Media y el Renacimiento a escala real: fincas, feudos y castillos asignados a la reina para su sustento mientras viviera. Lolland-Falster se prestaba a la perfección: ricas tierras de labor, dominios reales compactos, distancia cómoda de Copenhague. Las islas se convirtieron en la provincia de las reinas por excelencia, y Aalholm iba con ellas.

Para el castillo de la albufera significaba algo extraño.

Durante largos periodos, el gobernador no lo nombraba el rey en Copenhague, sino una reina viuda en el castillo de Nykøbing. El castillo tenía, literalmente, una reina por jefa.

La serie empieza con Dorotea, la enérgica viuda de Cristián I, que mantuvo una prenda sobre los dominios reales de Lolland hasta su muerte en 1495. La reina Cristina, esposa del rey Hans, también conocía el camino y visitó Aalholm un par de veces. Isabel, esposa de Cristián II, fue la primera a quien se prometió formalmente Lolland como usufructo: una promesa que la historia redujo a nada, pues la pareja real cayó, huyó, e Isabel murió en el exilio sin ver jamás sus tierras de Lolland. Pero el precedente estaba sentado.

A Sofía de Pomerania, esposa de Federico I, se le prometieron Nykøbing, Aalholm y Ravnsborg en su coronación en 1525. Pero dos consejeros del reino que habían sellado la promesa a Isabel se sintieron obligados por la vieja palabra y negaron su consentimiento. Y cuando Sofía debía tomar posesión en 1533, se interpuso la Guerra del Conde: Aalholm fue «por un tiempo una pelota entre los distintos poderes» —rescatado, sorprendido, enfeudado, reconquistado— antes de que la reina viuda obtuviera por fin su usufructo. De uno de sus subalcaides, Erik Rosenkrantz, se conserva una carta de 1551 sobre las quejas del rey por el mal estado del castillo y la orden de repararlo, con el añadido desalentado del subalcaide de que «no puede conseguir arcilla para ladrillos en sus tierras». Nueve años después se había llegado a preparar el horno. El Aalholm de las

reinas era también el Aalholm de las reparaciones aplazadas.

Y luego estuvo la otra Sofía, la viuda de Federico II. Navegó hasta Hven y visitó a Tycho Brahe en Uraniborg; se interesaba por la astronomía y la medicina, y llevaba su usufructo como una empresa. Pronto la conoceremos.

Después de ella vino el declive. El castillo de Nykøbing se convirtió en sede del usufructo, y Aalholm pasó a segundo plano, reducido a residencia de gobernador donde gobernador sucedía a gobernador. Una inspección de 1642 halló en la cámara del rey solo dos camas con dosel y «unas tablas y bancos apenas utilizables» tras un tapiz viejo, gastado y carcomido. La cámara de la reina no estaba mejor.

Las últimas reinas fueron propietarias lejanas: Sofía Amalia de 1670 a 1685, Carlota Amalia de 1699 a 1714. A la muerte de Carlota Amalia en 1714, Aalholm volvió a la Corona por última vez. Once años después también había terminado el tiempo de los reyes.

Vista en conjunto, la época revela algo insólito. Margarita negoció aquí en 1394. Las reinas viudas poseyeron el castillo durante siglos. Y cuando el tiempo del usufructo pasó, la compradora de 1725 fue otra viuda enérgica. Durante más de 250 años fue más a menudo una mujer que un hombre quien, en última instancia, mandaba en el islote de la albufera.

12. 1503 – El rey Hans

La prueba ocupa unas pocas líneas, pero es sólida. El 4 de octubre de 1503 el rey Hans escribió una carta al arzobispo Birger Gunnersen de Lund, y la terminó en latín: *Ex castro nostro Aleholm*. Desde nuestro castillo de Aalholm.

La carta existe todavía, original en papel con restos del sello real, en el Archivo Nacional de Suecia. No tenemos, pues, una tradición de que el rey Hans visitara Aalholm alguna vez. Tenemos un documento real, escrito mientras estaba aquí.

Y no estaba de visita. Estaba gobernando.

La primera parte de la carta trata de tierras. El arzobispo había escrito sobre cierta heredad, y el rey no quería resolver por escrito: habría que esperar «a que Dios quiera que hablemos». Luego la carta cambia de tema: la prohibición que el rey había dictado antes de exportar «grano y géneros comestibles» del reino quedaba levantada. Desde Aalholm salió aquel día un cambio en la política de exportación de alimentos del reino, con una carta abierta adjunta como prueba.

Hay que imaginar lo que significaba. El rey no viajaba solo. Con él iban cortesanos, criados, guardias, caballos, y la cancillería. El poder real de 1503 era itinerante, y cuando el rey se trasladaba de Copenhague a Nykøbing o Aalholm, el aparato de gobierno se trasladaba con él. Los escribanos redactaban documentos, se ponían sellos, salían mensajeros. El 4 de octubre de 1503, parte de la administración central de Dinamarca se

hallaba en un islote de la albufera de Nysted.

Pero 1503 no era un año normal, y eso hace la fecha mordaz.

Seis años antes, Hans había logrado lo que su padre nunca consiguió del todo: había sido coronado rey de Suecia, y los tres reinos de la Unión de Kalmar volvían a estar bajo una corona. Luego vinieron la derrota de Dithmarschen en 1500, la revuelta sueca de 1501, y Sten Sture tomó el poder como regente. Cuando Hans dejó Estocolmo para buscar refuerzos, dejó a la reina Cristina en el castillo, a cargo de su defensa. Los suecos lo sitiaron, el hambre y la enfermedad diezmaron la guarnición, y en mayo de 1502 la reina tuvo que rendirse. La flota de socorro del rey llegó unos días tarde. Cristina fue desde entonces prisionera de los suecos.

Solo fue liberada en el otoño de 1503, más o menos cuando su marido estaba en Aalholm escribiendo cartas.

Y sin embargo, abre su carta con el título completo: *Johannes, por la gracia de Dios rey de Dinamarca, Suecia y Noruega*. Al arzobispo se le llama *primado de Suecia*. En una pequeña hoja de papel de Aalholm se encuentra todo el mundo político de la Unión: un rey que aún se llamaba rey de Suecia, un arzobispo que aún llevaba el título de Suecia, y una Suecia donde el poder estaba en realidad en manos de Sten Sture.

El padre de Hans, Cristián I, está documentado en Aalholm en 1454. El hijo de Hans, Cristián II, en 1516 y 1519, pocos meses antes de la campaña que lo hizo rey de Suecia, por poco tiempo, hasta el baño de sangre de Estocolmo. Tres generaciones

de Oldemburgo —padre, hijo y nieto— usaron el islote llano como residencia real. Cuando Hans escribió «nuestro castillo de Aalholm», lo decía literalmente.

SEGUNDA PARTE: LA ISLA DE LAS REINAS

13. 1516–1526 – La pensión de viuda

En 1525 quedó fijado por ley: las reinas de Dinamarca recibirían Aalholm, Ravnsborg y Nykøbing como pensión de viuda.

Suena a don honorífico, y lo era. Pero era ante todo una empresa. Los dominios reales de Lolland y Falster eran de las mejores tierras de labor de Dinamarca: llanas, fértiles, sin heladas en invierno, con bosques para leña y costas para pescar. Una reina viuda a quien se le entregaban no recibía una pensión. Recibía una compañía.

Y las reinas no eran muñecas.

Federico I gobernó desde el castillo en 1526. Cristián II había gobernado desde aquí en 1516, antes de perder el reino y acabar prisionero en Sønderborg: otro rey que aprendió que un castillo danés sirve para dos cosas. Pero fueron las mujeres quienes se instalaron en Aalholm y se quedaron.

Nadie tomó la tarea más en serio que Sofía.

14. 1533–1534 – El año en que llegaron los campesinos

No todos los huéspedes llegaron con invitación.

En 1533 murió Federico I, y Dinamarca quedó sin rey. El consejo del reino no lograba ponerse de acuerdo sobre quién tendría la corona —el duque luterano Cristián o un candidato católico—, y mientras los señores discutían en Copenhague, el campo hervía. Los campesinos estaban hartos. Hartos de impuestos, hartos de alcaides, hartos de señores que tomaban y tomaban y nunca daban.

En Lolland hervía más que en ningún sitio.

El alcaide de Aalholm —el hombre del rey, el recaudador, el de las llaves y los registros— salió a caballo un día de 1533 y no volvió. Los campesinos lo mataron. No sabemos dónde, ni cómo, ni quién golpeó primero. Sabemos que el hombre que encarnaba todo lo que los campesinos odiaban yacía muerto en la tierra de Lolland, y que nadie en el castillo se atrevió a salir a buscarlo.

Al año siguiente llegaron los demás.

La guerra civil se llama la Guerra del Conde, porque el conde holsteiniano Cristóbal de Oldemburgo se dejó contratar para devolver al trono al preso Cristián II, y porque burgueses y campesinos estaban detrás de él. En 1534, Nysted se alzó. La ciudad que Erik de Pomerania había liberado en 1409 marchó contra el castillo que la había dominado durante trescientos

años.

Uno puede imaginarlo: una mañana de verano, niebla sobre la albufera, y luego el sonido de muchos pies sobre el dique. Burgueses con hachas y campesinos con horcas, pescadores con bicheros, muchachos con piedras. No un ejército. Una ciudad. Los guardias en la muralla viéndolos llegar y sabiendo que no hay hombres suficientes, ni flechas suficientes, ni tiempo suficiente.

Aalholm cayó. El castillo medieval construido para que nadie entrara fue tomado por sus propios vecinos.

15. 1538–1551 – El rey que lo recuperó

No duró.

Cristián III —el duque luterano que acabó ganando la guerra civil— recuperó Aalholm. No de inmediato; pasaron años, y la contienda terminó en 1536 con la caída de Copenhague y la introducción de la Reforma. Pero en 1551 el rey estaba en el castillo, y había venido a cazar.

Dice algo sobre la rapidez del olvido. Quince años después de que la ciudad asaltara el castillo, el rey salió al bosque de Roden con sus monteros y cazó ciervos como si nada hubiera pasado. Los campesinos habían vuelto a sus granjas. Los burgueses a sus tenderetes. El alcaide era un hombre nuevo que no hablaba de su predecesor.

Pero pasaron un par de siglos antes de que alguien en el castillo olvidara lo que se oía desde la ciudad cuando el viento soplaba

de allí. Y en 1538 cerró el convento de los Frailes Menores de Nysted, el último convento franciscano de Dinamarca, el que más resistió a la nueva fe. Los frailes cruzaron la puerta por última vez, y Nysted fue protestante, como lo era el rey.

La Reforma llegó a Lolland como todo lo demás: por el dique, junto al castillo, hasta la ciudad.

16. 1581–1585 – El muro

Pero antes de quedarse viuda, llegó como reina, y llegó a un castillo nuevo.

En la década de 1580 Aalholm se había modernizado. Tras el muro este se había levantado un ala de verdad, las dos torres del norte se habían elevado, y los albañiles habían usado aparejo cruzado, la nueva técnica del siglo XVI. El rey Federico II quiso ver el resultado con sus propios ojos, y en 1585 llegó con la reina Sofía y todo el consejo del reino.

Fue una fiesta. Se ve: las hogueras en el patio, los asados en el espetón, la cerveza en barriles, las esposas de los consejeros en seda y pieles, los monteros del rey con perros que no se estaban quietos. Federico era un rey al que le encantaba comer, beber y cazar, y estaba en su elemento.

Y en algún momento de la visita —quizá una noche, cuando el vino había soltado el ambiente— el rey decidió que había que recordarlo. Mandó traer un pintor. En el muro de la sala este del ala norte se escribiría el nombre de todos.

Arriba, el del rey. *Federico II*, con su lema. Luego el de la reina. Luego los consejeros del reino, uno a uno, con escudos y divisas, los hombres más poderosos del reino en fila.

Y abajo del todo —bajo todos los nombres ilustres, bajo todas las sentencias latinas sobre honor y lealtad— figura *Christoffer Koryot*, acompañado de un gorro de bufón y una jarra.

El bufón de Federico II.

Uno puede imaginar la escena. El pintor, pincel en mano, pregunta si ha terminado. Los consejeros asienten. Entonces llega una voz desde el fondo de la sala, una voz con algo de cerveza de más: «¿Y yo? ¿No me ponéis?». Un instante de silencio. Los consejeros miran al rey. El rey se ríe —se reía con facilidad, Federico— y dice: «Ponedlo. Ponedlo abajo. Y dadle una jarra».

Así fue Koryot al muro. Junto al rey y los poderosos, para siempre, con su gorro y su jarra. Es quizá la pintura mural más danesa que existe: el poder, el honor, las órdenes, y luego un hombre cuyo oficio era hacerlos reír a todos, y a quien nadie se atrevió después a borrar.

El muro se encaló en los siglos siguientes. Se volvió a encontrar en 1889. Koryot había esperado trescientos años para tener la última palabra.

17. 1588–1611 – La reina de los bueyes

Federico murió en 1588. Sofía era viuda a los treinta y un años, con siete hijos y un reino que no le estaba permitido gobernar.

Así que gobernó Lolland.

La reina viuda se trasladó a Nykøbing e hizo de Aalholm el centro de un imperio agrícola sin igual en Dinamarca. Llevaba las cuentas. Sus copiadorees —las copias de cada orden que enviaba— se conservan, y muestran a una mujer que sabía exactamente cuántas vacas había en cada establo, cuánto costaba un tonel de centeno en Lübeck y qué administrador la engañaba.

Era, en palabras de sus contemporáneos, *la mayor criadora de bueyes del país*. Bueyes: toros castrados, cebados en los prados de Lolland y conducidos en grandes rebaños a los mercados de Holstein y Holanda. Era la exportación de petróleo del siglo XVII, y la reina viuda era dueña de las bombas.

En 1611 hizo construir en Aalholm un nuevo establo de treinta y dos vanos, y lo justificó en una carta con palabras que merecen recordarse: su ganadería «por la bendición de Dios se ha multiplicado de año en año, por lo que el Todopoderoso debe con justicia recibir alabanza y gracias».

Una reina que da gracias a Dios por sus vacas. Hay en ello algo fundamentalmente lollandés.

Se hizo tan rica que prestó dinero a su propio hijo, el rey Cristián IV, que construyó castillos e hizo guerras con el dinero de los bueyes de su madre. Cuando murió en 1631 era una de

las mujeres más ricas de Europa.

Tenía su propia isla en la albufera, donde podía sentarse en paz, lejos de administradores e hijos. Aún se llama la isla de la Reina Viuda.

18. 1628–1634 – El gobernador que dijo no

En 1628 había prisioneros en Aalholm, y no eran daneses.

Cristián IV se había lanzado a la Guerra de los Treinta Años, la gran carnicería europea por la fe y el poder, y había perdido. Pero había hecho prisioneros, y los prisioneros tenían que ir a alguna parte. Aalholm, con sus muros gruesos y su mazmorra, era el lugar evidente. Soldados imperiales, mercenarios alemanes, oficiales católicos estaban en las torres mirando una albufera que nada les decía, mientras su rey —Cristián— negociaba rescates.

Seis años después, en 1634, llegó a la mesa del gobernador un caso de otra clase.

Una mujer del feudo había sido condenada por bruja. La sentencia era la hoguera. No era raro; en toda Europa ardían las hogueras en aquellos años, y Dinamarca no era mejor que el resto. Había testigos, había confesiones —arrancadas, como se arrancaban las confesiones— y había veredicto.

El gobernador se negó a encender el fuego.

No sabemos con certeza cómo se llamaba ni lo que le costó. No sabemos si era un ilustrado que no creía en brujas, o un hombre piadoso que no creía en la hoguera, o simplemente un hombre

práctico que conocía a la mujer y sabía que era tan bruja como él papa. Sabemos que leyó la sentencia, miró a la mujer y decidió que no.

Es una de las historias de héroes silenciosos que guarda Aalholm. Sin cañones, sin asedio. Solo un funcionario en una isla llana que, un día de 1634, dijo no.

19. 1658 – Sobre el hielo

En el invierno de 1658 el Báltico se heló. Nadie había contado con eso.

Carlos X Gustavo de Suecia era de esos reyes que no esperan a la primavera. Estaba con su ejército en Jutlandia, y entre él y Copenhague se extendían el Pequeño Belt, Fionia, el Gran Belt y Selandia: agua, agua y más agua. Dinamarca siempre había estado a salvo tras sus estrechos. Ningún ejército los había cruzado jamás.

Entonces llegó el hielo. Día tras día, semana tras semana, hasta que el hielo del Pequeño Belt aguantó un jinete, luego un cañón, luego un ejército. El 30 de enero los suecos pasaron a Fionia. El 5 de febrero siguieron adelante, no por el Gran Belt, demasiado ancho, sino por el sur: de Langeland a Lolland, sobre el hielo, a oscuras, con los caballos en largas filas y los cañones en trineos.

Era una locura. El hielo crujía bajo ellos, y en algún punto un escuadrón se hundió y desapareció. Pero cruzaron.

En Aalholm, el gobernador oyó la noticia. Los suecos estaban

en Lolland. No había ejército danés en la isla. No había flota en la albufera. Había un castillo que llevaba cien años sin ser fortaleza, y cuatro cañones viejos que las fuentes mencionan en 1642.

El gobernador cabalgó hacia Nakskov para dar la alarma.

Se le ve: un hombre con capa de invierno en un camino helado, nieve en la barba y el enemigo a la espalda, cabalgando hacia el oeste para reunir lo que pudiera reunirse. Era lo correcto. Era también lo único que podía hacer.

Los suecos llegaron a Aalholm entretanto.

20. 1658–1725 – La factura

Se llevaron lo que podía llevarse.

El plomo de los tejados de las torres, fundido en balas. La pizarra, simplemente porque podían. Miles de tejas. Rompieron todas las ventanas, cada cristal, no por necesidad sino por esa alegría que siente un ejército victorioso en casa del enemigo. Se llevaron muebles, grano, los caballos del establo. Y siguieron hacia Selandia, por el Guldborgsund y el Storstrøm, hasta Copenhague, donde el 26 de febrero Dinamarca firmó la paz de Roskilde y cedió un tercio de su reino.

Una mujer del castillo no lo consintió. El escribano del castillo, Iver Nielsen, «pasaba por hombre rico», y una partida sueca entró a la fuerza para obligarlo a entregar su dinero. Su esposa, Johanne Lerche, hija de un pastor de Nysted, acudió con un atizador al rojo y defendió a su marido con tal fiereza que el enemigo tuvo

que huir. Entretanto se había avisado a la ciudad, y en la puerta los suecos toparon con una cuadrilla de burgueses armados; un par de ellos cayeron. La esposa del escribano que puso en fuga a los soldados de Carlos Gustavo con un utensilio de cocina: la guerra sueca de Aalholm tiene su heroína. Ella y su marido siguen colgados en la iglesia de Nysted, pintados con sus ocho hijos.

Cuando los suecos se fueron, un funcionario recorrió Aalholm y contó.

Su informe se conserva, y es sobrio de un modo más aterrador que cualquier lamento: para una «restauración solo medianamente aceptable» hacían falta 15.000 tejas, 30.000 ladrillos y 4.000 baldosas. Ni una ventana estaba entera. Las torres estaban abiertas al cielo.

Fue el fin de Aalholm como fortaleza.

No porque los muros hubieran caído —seguían en pie, con un metro de grosor, como llevaban trescientos años—, sino porque el tiempo de los castillos había pasado. Un reino ya no se defendía con cantos erráticos y ladrillo de monje; se defendía con flotas, con fortificaciones de tierra y con cañones capaces de disparar de una orilla a otra de un estrecho. Aalholm se había convertido en una oficina administrativa con goteras.

En 1660 Federico III instauró el absolutismo, y los feudos pasaron a ser distritos. El feudo de Aalholm se convirtió en el distrito de Aalholm. El gobernador pasó a ser prefecto. Y el castillo que había visto reyes encadenados y reinas en la mesa de negociación quedó allí, deteriorándose.

Las fuentes tienen una palabra para aquellos años: *Brøstfældigheden*, la Ruina. La inspección de 1671 describe grietas en los muros, vigas podridas, tejados que no detenían la lluvia. Menciona también, con malicia, una quinta torre que no aparece en ningún dibujo: un enigma que los arqueólogos de la construcción aún rumian.

La última reina viuda, Carlota Amalia, murió en 1714. Con ella terminó el tiempo de las reinas. Federico IV intentó convertir Aalholm en distrito de caballería, donde la finca mantendría a los dragones del rey. En 1725 desistió.

Puso el castillo en venta.

21. 1662 – El distrito que sobrevivió a su castillo

En algún momento de la década de 1790, un escribiente de la Cámara de Rentas de Copenhague llevaba un registro de impuestos sucesorios. Escribió el encabezamiento sin pensar: *Distrito recaudatorio de Aalholm*. El castillo que daba nombre al distrito llevaba entonces más de setenta años en manos privadas.

Cuando el rey vendió Aalholm en 1725, no vendió el nombre.

La historia empieza con el absolutismo. Después de 1660, Federico III abolió el viejo sistema de feudos, en el que gobernadores nobles administraban los castillos de la Corona en nombre del rey, y creó distritos. En 1662, el feudo del castillo de Aalholm pasó a ser el distrito de Aalholm —los partidos de Fuglse y Musse, el sureste de Lolland con Nysted, la comarca

de Maribo y Saksøbing—, y con el distrito llegó una nueva clase de funcionarios: un prefecto que representaba al rey y un administrador que recaudaba impuestos desde su oficina, la recaudación.

Aquí hay una distinción fácil de pasar por alto. Un distrito no era una finca. La finca era propiedad del rey: el castillo, la granja, las tenencias campesinas, los bosques. El distrito era la circunscripción del rey: todos los que vivían dentro de sus límites dependían del prefecto y pagaban a la recaudación, incluidos los campesinos de señoríos nobles, los burgueses de Nysted, los pastores y los sacristanes. El rey era a la vez terrateniente y soberano, y cada papel tenía su propia administración.

En 1725 vendió uno de los dos. Los papeles de la Cámara de Rentas hablan de «la venta de la finca de caballería y otros bienes raíces en el distrito de Aalholm». La finca estaba en el distrito. El distrito no estaba en venta. Los campesinos de Aalholm tuvieron un nuevo señor a quien pagar renta y prestación, pero sus impuestos al Estado seguían yendo a la recaudación de Aalholm, sus pleitos al prefecto del distrito de Aalholm, y en los estantes de la Cámara sus expedientes seguían bajo el rótulo de Aalholm.

Y así siguió. Cuando llegaron las reformas agrarias de la década de 1770, y las parcelas dispersas de las aldeas hubieron de agruparse en lotes contiguos, la concentración se administró a través de los distritos. La Oficina de Asuntos Rurales de la Cámara conserva cuatro legajos de «Expedientes del distrito de

Aalholm 1773–81». El terrateniente era el conde. La autoridad era el distrito de Aalholm: un nombre que el castillo había prestado 110 años antes.

Solo en 1803 se fusionaron el distrito de Aalholm, el de la abadía de Halsted y el de Nykøbing en un solo distrito para todo Lolland-Falster: el distrito de Maribo. El distrito de Aalholm había existido 141 años: sesenta y tres como marco de la finca del rey, setenta y ocho como marco de la finca de otro.

Después de 1803 solo quedó una cosa que se llamara Aalholm: el castillo. Como si el nombre hubiera sido más fuerte que las piedras.

22. 1717 – Polvos para las pelucas

Se llamaba Povl Boldich y era barquero y escribano del tribunal en Nysted. No son títulos que uno asocie con la industria. Pero el 8 de febrero de 1717 obtuvo privilegio real para vender almidón y polvos en Lolland, Falster y Møn. Tres islas, un privilegio de venta. En la práctica, un monopolio.

Levantó la fábrica en los terrenos entre la ciudad y el castillo.

Para un ojo moderno suena a nota al pie. No lo era. En el siglo XVIII nadie que fuera alguien salía con su propio pelo. Todo hombre y toda mujer con ambiciones sociales empolvaba peluca o cabello, cada mañana, y los polvos eran en esencia almidón de trigo finamente molido, a veces perfumado y teñido. Se consumían en cantidades enormes. Inglaterra estableció en 1795

un impuesto sobre los polvos porque la costumbre inmovilizaba demasiado grano. Y el almidón tenía un mercado más amplio: almidonar lienzos y cuellos, aprestar tejidos, cola.

La materia prima era el trigo, y en Lolland sobraba. Grano en abundancia, una ciudad portuaria con enlace marítimo y un privilegio que garantizaba las ventas. Era exactamente la clase de empresa que la política mercantilista de la época quería fomentar: producción nacional en lugar de importación, premiada con exclusividad.

Cuando las autoridades hicieron balance de las manufacturas del reino en 1735, el alcaide de Nysted declaró una fábrica de almidón y polvos en funcionamiento, y anotó que quedaba fuera de la jurisdicción de la ciudad. Era deliberado. La fábrica estaba en el campo, entre villa y finca, fuera del alcance de gremios y tribunal municipal. Y era una de las poquísimas manufacturas de verdad en toda la provincia. Hubo industria en Lolland antes de que la hubiera en casi ningún lugar de Dinamarca fuera de Copenhague.

La fábrica cambió de manos, y el privilegio la siguió. Boldich vendió en 1729 al consejero Hofmann, que la cedió en 1734 a su sobrino Dresler, quien en 1752 obtuvo del rey que la exclusividad siguiera en adelante a la fábrica en caso de venta: un detalle jurídico que dice lo que valía. En la subasta de 1765 se describió como la más completa y mejor equipada de su clase en Dinamarca, con capacidad para 1.500 toneles de trigo al año. El obispo Pontoppidan la llamó en el Atlas danés una de las más

antiguas del país, que había abierto camino a varias más.

La historia tiene una vuelta. Varias obras respetadas —el *Trap Danmark* y los manuales que se basan en él— atribuyen la fundación al conde Otto Ludvig Raben. Pero la cronología no cuadra: la fábrica funcionaba en 1717, la familia Raben compró Aalholm en 1725, y Otto Ludvig fue conde en 1750. Autores posteriores atribuyeron al conde una instalación que ya existía, y el error se ha repetido de buena fe durante siglo y medio. Fue el barquero quien vio primero el negocio.

Así que cuando Emerentia von Levetzau compró Aalholm en 1725, no compró solo un castillo en ruinas y muchas tierras. Se hizo vecina de una de las pocas instalaciones industriales genuinas fuera de la capital: una fábrica que molía trigo de Lolland para empolverar las pelucas de la corte de Copenhague.

La moda de los polvos se hundió hacia 1800, cuando la peluca pasó de moda y la Revolución hizo indecoroso ponerse pan en el pelo. Qué fue de la fábrica entre Nysted y Aalholm, nadie lo sabe.

TERCERA PARTE: LA VIUDA QUE COMPRÓ UN CASTILLO

23. 1725–1734 – Emerentia

Una mujer llegó a Lolland en 1725, y traía dinero.

Emerentia von Levetzau era la viuda de Johan Otto Raben, y era de esas viudas con las que los hombres del siglo XVIII no sabían qué hacer. No tenía intención de retirarse a una casa de viudedad a bordar. Tenía intención de comprar.

El rey quería vender Aalholm y Bremersvold. Emerentia ofreció 94.929 rigsdaler —una suma tan grande que hay que decirla despacio— y se los llevó. Tras cuatro o cinco siglos como dominio de la Corona, como sede de reyes y reinas, como mazmorra y mesa de negociación, la puerta sur de Dinamarca era ahora una propiedad privada. Y la propietaria era una mujer.

Uno puede imaginarla el primer día: una mujer alta, de negro, con un rostro que había visto más de lo que mostraba,

recorriendo las estancias de la Ruina. La lluvia goteaba por el tejado del gran salón. Las ventanas estaban remendadas con tablas. Las ratas se habían adueñado del sótano. El administrador la seguía disculpándose, y ella no escuchaba, porque no miraba lo que había. Miraba lo que iba a haber.

Empezó a comprar tierras. Tenía Bremersvold. Siguió Bramsløkke. Granja tras granja, parroquia tras parroquia, hasta que en 1734 poseía 1.221 toneles de hartkorn: bastante para una baronía, pero algo menos de la mitad de lo que exigía un condado.

Así que solicitó un condado.

Era descarado. Era también Emerentia. Escribió al rey que deseaba erigir un condado para su nieto de ocho años, Christian Raben, y que se llamaría Christiansholm por el niño. La ley decía que no. El rey dijo que sí. No había mucha gente en Dinamarca que le dijera que no a Emerentia von Levetzau.

24. 1746 – La capilla

Puso el castillo en orden. El resurgimiento de los condes, lo llaman las fuentes: tejados nuevos, ventanas nuevas, carpinteros y albañiles de todo Lolland durante años. Aalholm se levantó de su ruina, no como fortaleza, sino como residencia señorial.

Y pensó en la muerte, como hace la gente sabia mientras vive.

En su testamento destinó dinero a las escuelas de Bremersvold y Kærstrup y a los pobres de las parroquias de Aalholm. El

condado debía transmitirse indiviso, generación tras generación, en principio por toda la eternidad. Era su obra, y debía sobrevivirla.

Emerentia murió en 1746. Christian tenía veinte años y fue el primer conde de Christiansholm. Cuatro años después había muerto, con solo veinticinco años, sin hijos, sin tiempo de dejar huella en nada.

El condado pasó a su hermano menor, Otto Ludvig.

Emerentia fue depositada en un sarcófago de mármol negro. Años después, su nieto le hizo construir una capilla junto a la iglesia de Nysted, al norte de la torre, donde la familia pudiera reposar reunida. Allí sigue. Christian yace a su lado.

Y no se quedó quieta.

La leyenda dice que Emerentia von Levetzau es la *Dama Blanca* de Aalholm. Se la ve en los largos corredores, dice la gente, en la ventana sobre la albufera, en la escalera del ala norte: una mujer alta, de blanco, que no mira a nadie y que ya no está cuando se vuelve a mirar.

Pero solo aparece cuando el propietario no tiene hijos.

Es un fantasma con agenda. La mujer que compró un castillo y creó un condado para que se transmitiera por toda la eternidad sigue velando por la sucesión. Cuando no hay heredero, camina. Cuando lo hay, descansa.

Iba a tener mucho que caminar.

25. 1749–1783 – El diario del conde

Otto Ludvig Raben tenía veintiún años cuando murió su hermano mayor y él se convirtió en conde de Christiansholm.

Pero era conde solo de nombre. Su padre, Christian Frederik Raben, administraba la finca, y al joven conde lo enviaron a ver mundo: a París, donde vivió casi cuatro años con su hermana y su cuñado, el enviado Ditlev Reventlow, frecuentó los salones y cazó el ciervo con Luis XV. De vuelta, fue chambelán en 1755, se casó en 1757 con Anna Catharina Henningia von Buchwald y en 1763, gracias a su parentesco político con el todopoderoso A.G. Moltke, fue maestro de ceremonias del rey. La familia pasaba los veranos en Lolland y los inviernos en Copenhague.

Y llevaba un diario. De 1749 al año anterior a su muerte, cuarenta y dos años, en francés, día a día: a quién visitaba la familia, cuándo estaba en la corte, en qué mesa se sentaba, en qué se desplazaba la gente, cacerías, bodas campesinas, el tiempo, la música. Rara vez un sentimiento, nunca una omisión. No es un diario de secretos del corazón. Es el diario de un hombre que llevaba la contabilidad de su vida, porque la contabilidad era de lo que estaba hecha la vida.

La música era su pasión. Tocaba la flauta travesera a alto nivel y coleccionaba partituras a una escala a la que ningún otro terrateniente danés se acercaba: partituras, sonatas, cantatas, que estuvieron doscientos años en una habitación de la torre de Aalholm antes de que alguien las encontrara.

El castillo, entretanto, era inhabitable. Su hermano mayor Christian había vivido en la granja, «por estar el castillo inhabitable a causa de su ruina», y cuando la granja ardió el 1 de julio de 1750, el conde enfermo, de veinticinco años, tuvo que trasladarse a Nysted, donde murió pocos meses después. El castillo medieval estaba en ruinas y vacío a mediados del siglo XVIII.

Tras el cambio de reinado en 1767, el círculo de Moltke perdió su influencia en la corte, y desde 1768 la familia se asentó con más firmeza en Lolland. En 1773 murió el padre, y Otto Ludvig asumió por fin la dirección plena del condado que poseía formalmente desde hacía veintitrés años. Durante los diez años siguientes, la familia apenas salió de la isla.

Entonces empezó a construir. Había ampliado el condado con la aldea de Stubberup en 1761 y obtuvo en 1786 las iglesias de Kettinge y Bregninge con sus diezmos. Escribió para su hijo un libro de educación sobre cómo llegar a ser un hombre de bien cuando se ha nacido conde. Y en 1779 quedó terminada el ala este, en el naciente estilo Luis XVI: dos plantas, ventanas regulares en largas hileras, luz en salas donde el castillo nunca había tenido luz. En el hastial puso anclas de hierro con sus iniciales y las de su esposa, y el año. Plantó una avenida de tilos a lo largo del dique, recortados, como debía ser.

Hizo pintar un cuadro en el que la familia posa ante el nuevo Aalholm. Tenían ocho hijos, dos varones y seis hijas. Parecen contentos.

En 1783 construyó un palco señorial cerrado en lo alto de la tribuna de la iglesia de Nysted, con puerta propia abierta en el muro, para que la familia condal pudiera asistir al oficio por encima de la congregación, y dejarse ver. No hay que creer que Otto Ludvig fuera modesto. Solo era paciente.

Murió en 1791 y fue depositado en la capilla funeraria que él mismo había construido en 1782 junto a la iglesia de Nysted, en un sarcófago de mármol noruego gris blanquecino. Pero el diario contiene más que tiempo y visitas. Enseguida lo veremos.

26. 1765 – Las focas del conde

Un día de agosto de 1765, el conde Otto Ludvig Raben cabalgó solo de Aalholm a Tågen, la aldea costera al sureste de Nysted, subió a una barca y salió a cazar focas.

Lo sabemos porque él mismo lo anotó.

La imagen merece detenerse. Sin partida de caza, sin ceremonia, sin cortesanos. Solo el conde, un caballo, una barca y el agua baja y espejeante al sur de Lolland, donde las focas yacían sobre las piedras y los bancos de arena y levantaban la cabeza cuando el remo chapoteaba. Para un hombre cuya vida estaba por lo demás enmarcada por la etiqueta —era, al fin y al cabo, el maestro de ceremonias de la corte—, eso debía de ser parte del atractivo.

Tres años después, en julio de 1768, repitió la salida como pequeña campaña: temprano por la mañana, con sus hermanos

y los oficiales superiores de la finca. Otto Ludvig venía de una familia numerosa, y que los hombres de confianza de la finca fueran con él dice lo que era la caza de focas: no un deber, sino una excursión. Una cacería de hombres sobre el agua en una mañana de verano, con esa mezcla de deporte, aprovisionamiento y sociabilidad propia de la vida señorial del siglo XVIII.

Pero el dato más interesante es anterior a la edad en que el conde pudo llevar escopeta. Ya en 1737 su madre se quejaba de que gente de Nysted disparaba a las focas frente a la costa. La queja solo tiene sentido por una razón: la caza de focas en aquellas aguas estaba reservada a los señores de Aalholm. La caza, en la Dinamarca del siglo XVIII, no era un derecho general sino un privilegio ligado a la tierra, y en Aalholm el privilegio se extendía más allá de la orilla, hasta el elemento líquido. Las focas de los bancos eran las focas del condado.

Que los burgueses de Nysted las cazaran de todos modos muestra que la foca era presa de todos. La piel era valiosa, la grasa daba aceite, y para los pescadores la foca era un competidor que rompía redes y se llevaba la pesca. En los siglos siguientes se pagaron primas de caza, y las focas fueron llevadas al borde de la extinción en las aguas interiores danesas.

La historia tiene un epílogo que el conde podría haber visto desde su barca. Hoy los bancos de arena de Rødsand —a la vista de las mismas costas donde cazaba Otto Ludvig— son una de las reservas de focas más importantes de Dinamarca. La foca común cría allí. La foca gris ha vuelto. Las focas siguen allí, como un

día de agosto de 1765.

La diferencia es que nadie sale hacia ellas con escopeta. Y que solo conocemos las salidas matinales del conde porque un hombre meticuloso lo anotaba todo, y porque sus papeles pudieron descansar doscientos años, sin que nadie los tocara, en una habitación de la torre.

27. 1770 – El código secreto del conde

A partir de 1770 aparece entre las cenas, las cacerías y las visitas del diario de Otto Ludvig un pequeño signo: *IFT*.

Está ahí durante veinte años. Casi siempre solo, a veces con un nombre de mujer, y en algunos lugares medio escrito: «iftu», «j'ay f...». Casi siempre mientras el conde se hallaba en Aalholm.

El diario estuvo en el archivo del castillo hasta que el historiador de la música Jens Henrik Koudal empezó a trabajar con él en los años noventa, primero por la colección de partituras, luego como fuente de la vida cotidiana aristocrática. Fue Koudal quien reparó en el signo y descifró el código: *IFT* significa *j'ai foutu*, del verbo que en el francés del siglo XVIII quería decir lo que quiere decir. El conde anotaba cuándo había tenido relaciones, al mismo nivel que sus visitas y paseos. La historiadora Nina Koefoed contó las anotaciones: noventa y siete en total, la mayoría en la década de 1770, las últimas en 1790.

No era su matrimonio lo que contabilizaba. Otto Ludvig y la condesa tuvieron ocho hijos con intervalos de a lo sumo dos años entre 1759 y 1774, y luego los nacimientos cesaron. Precisamente en esos años empieza IFT. Las pocas mujeres nombradas no son la condesa. Las dos que pueden identificarse eran una criada y la esposa de un arrendatario.

El condado tenía unos doscientos arrendatarios en dieciséis aldeas, más jornaleros y servidumbre. Entre esa gente hay que buscar a las mujeres. Noventa y siete anotaciones no significan noventa y siete mujeres: vienen en racimos, lo que sugiere que el conde mantenía por temporadas una relación con una en particular. Las fuentes no pueden decir si esas relaciones eran consentidas, compradas u otra cosa. Pero la desigualdad de poder es imposible de pasar por alto. El conde era el amo, el terrateniente y el juez de esas mujeres.

Y aquí la historia se convierte en algo más que un detalle picante.

En el siglo XVIII el sexo fuera del matrimonio era punible. Los solteros que tenían hijos debían pagar multas por fornicación, y era el terrateniente quien debía incoar la causa y cobrarlas. Cuando Otto Ludvig asumió la dirección de la finca en 1773, canceló de un plumazo toda la lista de atrasos de su padre. Después, los pecadores de cada año siguieron anotándose cuidadosamente, y las multas se condonaron con igual sistematicidad por resolución verbal. Los hombres se libraban a cambio de contribuir al sustento del niño. Las mujeres

quedaban a cargo de criarlo.

Puede leerse como justicia benévola. Koefoed lo lee también como otra cosa: el conde, que violaba él mismo las leyes de moralidad en su propia finca, no castigaba lo que él mismo hacía, y cada condonación dejaba una deuda de gratitud pendiente entre la gente de la finca y su señor.

Koefoed repasó los libros parroquiales de las ocho parroquias del condado. El conde no figura en ninguna parte como padre; no era, escribe ella, una posibilidad cultural. Pero hay coincidencias difíciles de ignorar. El 30 de marzo de 1771 Anne Rasmusdatter, de Herritslev, bautizó a su hija ilegítima, y el pastor anotó a la partera y a todos los padrinos, pero ni una palabra del padre; el conde había escrito IFT seis veces en mayo, junio y julio del año anterior. En Toreby, en 1775, una mujer declaró como padre a «un forastero llamado Lars». En Herritslev, en 1776, otra afirmó que el padre era «un hombre desconocido que vino a ella en el bosque». Y cuando Ellen Jacobsdatter declaró a Rasmus Suhr en 1781, Rasmus Suhr se había convertido, entre la concepción y el bautizo, en arrendatario de una granja en otra parroquia de la finca.

Nada de esto prueba nada. Los pastores eran descuidados, los forasteros existían, las parejas jóvenes vivían juntas antes de la boda. Pero los tres métodos clásicos para ocultar la paternidad de un señor —el padre omitido, el forastero, el marido comprado con un arriendo— están todos representados en los libros parroquiales de Aalholm, en fechas que encajan.

¿Por qué 1770? Koefoed señala el traslado. En Copenhague, el conde era una figura subordinada en la red de sus cuñados, y allí eran la corte y la música lo que lo hacía hombre. En Aalholm estaba en la cima. Allí la sexualidad se convirtió en parte de la autoridad del señor: una demostración de que tenía acceso a cuanto quisiera en el reino que gobernaba. Que lo anotara al mismo nivel que visitas y paseos muestra que para él pertenecía a lo que merece contabilizarse.

Otto Ludvig Raben era un hombre de la Ilustración. Tocaba la flauta, celebraba bodas campesinas, construyó una capilla funeraria para su abuela y escribió un libro de educación para su hijo. Era también un señor absoluto que era legislador, juez y amo de la gente a la que en su diario llamaba IFT.

Durante siglos los historiadores han supuesto que los señores explotaban a sus criadas, sin poder demostrarlo nunca, porque eso no deja fuentes. Otto Ludvig dejó una. Lo escribió todo. Solo que en código.

Hay que pensar en las mujeres que hay detrás de la cifra. No pusieron su nombre en ningún muro.

28. 1791–1838 – El conde que medía las estrellas

Frederik Christian Raben quería el mundo entero en su despacho.

No era una forma de hablar. Viajó —durante años, una y otra vez, de Groenlandia al norte a Brasil al sur— y volvió con arcones llenos de mundo: plantas secas, aves disecadas, fósiles,

minerales, piedras, antigüedades. Su herbario llegó a contar 20.000 plantas. Era el gran proyecto de la Ilustración en la cabeza de un solo hombre: ver, registrar, coleccionar y entender.

Su abuelo Otto Ludvig había coleccionado láminas de aves y monedas. Su padre, partituras. Frederik Christian coleccionaba la naturaleza misma.

En 1796 empezó a plantar. La tierra de Aalholm estaba hecha para ello: inviernos sin heladas junto al fiordo, abrigo de los bosques al oeste, arcilla rica y húmeda sobre creta. Trazó un parque paisajista que creció y creció. Un jardín especial que llamó *el Sistema*, con árboles y arbustos raros en hileras como un catálogo vivo. En el Prado de los Caballos plantó 1.500 árboles exóticos importados: robles y pinos norteamericanos, plátanos, roble de flecos, especies que nadie en Lolland había visto. Fue una de las colecciones más ricas del país. Un experto la llamó en 1862 «la más hermosa e interesante del continente europeo».

Y luego construyó un observatorio.

Sobre la torre noreste, la torre medieval de muros de un metro, el conde levantó una superestructura de dos plantas, «horrible y cuadrada», gruñó un autor posterior. Allí medía el tiempo, día a día, año tras año, y allí miraba las estrellas. Uno puede imaginarlo arriba en una noche clara de invierno: un hombre con abrigo y gorro, inclinado sobre un instrumento, mientras Lolland dormía a sus pies y la torre que había montado guardia contra holsteinianos y suecos montaba ahora guardia contra la ignorancia.

En su despacho había libros del suelo al techo, aves disecadas

sobre los armarios, plantas secas en cajones, cráneos, cristales, tiestos. Y un alca gigante, un ave grande, blanca y negra, incapaz de volar, de Islandia, disecada y montada, que el conde había adquirido en 1821. No sabía que coleccionaba algo que pronto dejaría de existir. El alca gigante se extinguió en 1844. El ejemplar del conde lo sobrevivió cien años y acabó bajo el martillo en Sotheby's: uno de los últimos de su especie, vendido desde un castillo de Lolland.

Frederik Christian murió en Río de Janeiro en 1838, en mitad de un viaje, lejos de su torre. Fue conde cuarenta y dos años y nunca llegó a viejo. Pero su plátano sigue en pie en el parque, con treinta metros de altura, y el médico de Nysted, Emil Aarestrup —uno de los poetas más finos de Dinamarca, que se ganaba la vida como médico rural—, le dedicó un poema.

No se puede pedir mejor memoria: un árbol y un poema.

29. 1830 – Llegan los anticuarios

Johan Gottfried Burman Becker era farmacéutico de profesión y anticuario de pasión. En la Dinamarca romántica, donde la Edad Media se había puesto de pronto de moda y la Comisión de Antigüedades y la idea de museo convertían el pasado de curiosidad en tesoro nacional, se propuso algo nuevo: describir todos los castillos antiguos del reino, lugar por lugar.

En 1830 apareció *Noticias sobre los antiguos castillos de Dinamarca y los ducados*. Aalholm figura como artículo

número diecinueve —oculto bajo su nombre de entonces, Christiansholm—, y en cuatro páginas apretadas en letra gótica se cuenta por primera vez de un tirón la historia del castillo. El libro es la partida de nacimiento de Aalholm como tema histórico.

Es también un testigo ocular. Burman Becker vio el castillo tal como estaba sesenta años antes de la reforma de Holm: un patio de cuatro alas que «antaño tenía torres en las cuatro esquinas, de las que aún quedan dos», una de ellas de cincuenta y una varas de alto, más de treinta y dos metros, con el observatorio de Frederik Christian encima. Fosos en tres lados. La planta superior con «cantidad de ventanucos que presumiblemente sirvieron de troneras». Muros en la planta baja de cuatro a cinco varas de grosor, casi tres metros. Cada detalle puede hoy contrastarse con la arqueología de la construcción: las dos torres desaparecidas que las excavaciones están encontrando, los matacanes, los muros macizos.

Y sabía mucho. Conocía la carta de privilegio del conde Juan de San Martín de 1330. Sabía que Cristóbal cautivo fue llevado a Aalholm y que el conde Juan estaba allí. Relata el asedio de 1346, el tratado de Ålholm de 1366, la citación del emperador de 1377. Es el único que ha conservado que los burgueses de Nysted tomaron el castillo durante la Guerra del Conde, y que los suecos maltrataron en 1658 al escribano Iver Nielsen para sacarle dinero. Y termina con un detalle que hasta la propia historia del condado suele olvidar: que el nuevo condado se erigió en 1734 primero

con el nombre de *Christiansborg*, y solo después se rebautizó Christiansholm.

También fue demasiado lejos. Hijo de su tiempo, situó «en este castillo» el reparto del reino entre Svend, Knud y Valdemar en 1157 y dio Lolland «con Aalholm» al príncipe vando Pribislav en 1164. El núcleo era cierto —el encuentro de reyes se celebró en Lolland, la isla tuvo señores principescos—, pero la localización en Aalholm era conclusión de los propios anticuarios, heredada de Pontoppidan: los príncipes de la isla debían de tener una sede, y Aalholm era la única conocida. El castillo nació, como muestran hoy las excavaciones, hacia 1256.

El error se ha vuelto historia. La idea de un Aalholm inmemorial ha acompañado al castillo durante doscientos años, y creció con cada década: en 1869 un libro popular hizo del lugar «la bien fortificada sede de los antiguos reyes del mar» del siglo IX. Nada menos que la era vikinga. Los anticuarios intuían lo que los laboratorios deben ahora demostrar; solo que fechaban mal.

Visto desde hoy, el artículo de 1830 es el antepasado de la cronología. El friso de gobernadores pintado en los muros del castillo al siglo siguiente continúa su lista de nombres. Trap y la literatura sobre casas señoriales edificaron sobre él. La diligencia de un solo hombre en 1830 se convirtió en el cimiento sobre el que dos siglos de investigación han construido, corregido y, una y otra vez, confirmado.

30. 1838 – El conde loco

Luego llegó Gregers.

Gregers Christian Raben era el hijo mayor, y no se parecía a su padre. Donde Frederik Christian había medido el mundo, Gregers lo leía. Era filólogo clásico con doctorado, un hombre que hablaba latín como otros hablan a su perro, y que encontraba más verdad en Horacio que en cualquier sermón.

Y era, como constata secamente el libro de las casas señoriales de 1938, «una especie de original, capaz de las ocurrencias más extrañas y por ello llamado comúnmente *el conde loco*».

Es un título que hay que ganarse.

Gregers llenó el parque botánico de su padre de glorietas. No una o dos, sino muchas, de todos los estilos, repartidas entre los árboles exóticos como si el parque fuera un tablero y las glorietas las fichas. Levantó columnas conmemorativas y monumentos con citas clásicas —latín y griego tallados en piedra entre plátanos y robles de flecos—, de modo que un paseo por el jardín se convertía en un examen de filología.

Fue a Noruega a cazar osos. Es una frase que merece quedar sola. Un conde de Lolland con doctorado en filología clásica, en los bosques noruegos, con escopeta, cazando osos. Y los consiguió. Volvió con varios osos disecados y los expuso en una casa del parque «junto con otras curiosidades».

Nadie sabe exactamente qué eran las curiosidades. Uno puede imaginarlo: los osos erguidos sobre las patas traseras en una sala

en penumbra, rodeados de las cosas más extrañas que el conde había reunido —cráneos, rarezas, objetos de viaje, objetos de sótano—, y los campesinos de Stubberup que venían el domingo a mirar y volvían a casa a contarlo.

Fue la primera exposición pública de Aalholm. Un siglo antes de que llegaran los automóviles, un conde loco enseñaba sus osos a la gente en el parque.

31. 1843 – El rey y la reina en Nysted

En el verano de 1843 un rumor recorrió Lolland-Falster. Vendrían los reyes, no como una efigie en una moneda, sino en alta persona, con caballos, carruajes y un séquito de sesenta personas. Rødby, según los periódicos, no había visto un rey dentro de sus límites desde Cristián IV.

El viaje era en su origen un asunto privado. La salud de Cristián VIII flaqueaba, y el destino era la isla de Föhr, en el mar de Frisia, donde el rey debía recobrar fuerzas en las olas del mar del Norte. Pero el camino de Sorgenfri a Föhr podía trazarse como se quisiera, y se trazó por las islas del sur. Así el viaje privado se convirtió en visita oficial. El rey debía ser visto. Debía inspeccionar. Y debía —sin que constara en ningún programa— contener la inquietud que empezaba a roer los cimientos del absolutismo. Ya en su ascenso al trono había llegado del oeste de Lolland una petición campesina pidiendo una constitución libre. Cristián VIII no olvidaba esas cosas.

No era un rey de pompa. Donde Federico VI había viajado con desfiles, Cristián VIII viajaba con cuaderno. Repasaba actas municipales, probaba bombas de incendio, visitaba las cárceles y lo anotaba todo por la noche.

El gobernador diocesano von Jessen caminaba sobre el filo de la navaja. Dos días antes de la llegada escribió alarmado a la corte: corría el rumor de que el rey se haría escoltar por veinte dragones, como en Møn, donde había causado malestar. Von Jessen garantizaba con su juramento que los reyes serían recibidos con la más sincera devoción, y rogaba encarecidamente que no se enviara tropa a Lolland. Los dragones fueron devueltos.

El 22 de julio le tocó a Nysted. El ayuntamiento estaba encalado, los arcos de triunfo alzados con verdor y banderas. Y el programa estaba dividido: mientras el rey entraba en la ciudad a cumplir su deber de padre de la nación, la reina, como von Jessen había dispuesto ya en junio, podía «ir directamente de Nykøbing a Aalholm para reunirse allí con Su Majestad el Rey».

Es la frase que hace de 1843 historia de Aalholm. Carolina Amalia estuvo indispuesta gran parte del viaje y atendida por el médico de la comitiva. Se libró del ceremonial de la ciudad y cruzó directamente el dique hasta el castillo de la albufera. Allí esperó a su marido.

Los señores eran nuevos en el papel. Frederik Christian Raben, el botánico viajero, había muerto en Río cinco años antes, y el condado había pasado a Gregers, el filólogo, coleccionista

de citas latinas más que de plantas brasileñas. Ese mismo año, 1843, fue nombrado montero mayor. Uno puede imaginarlo recibiendo a la reina en el ala este de Otto Ludvig, guiándola por el parque de su padre entre plátanos y robles de flecos, junto a las glorietas y las columnas. Qué se dijo entre los muros, no lo sabemos. Las cajas de archivo de la corte y los periódicos censurados no dejaron acta. Lo oficial está bien iluminado; lo privado calla.

En la ciudad, el rey anotó que el joven maestro Friess le parecía capaz, pero que convendría contratar otro maestro. Con la ciudad se mostró benévolo.

El trasfondo lo sintió tres días después en Nakskov, cuando los consejos parroquiales se adelantaron con un mensaje de gratitud que rozaba peligrosamente la exigencia de derecho a aprobar impuestos. El monarca, por lo general contenido, perdió la paciencia: había dado al pueblo una ley municipal; de los asuntos del Estado ya se ocuparía él. Un testigo pensó que estuvo a punto de dar una patada en el suelo.

Tras la partida, cada villa recibió la medalla de coronación del rey en plata. De todas, solo una se conserva. Es la de Nysted. Cuelga enmarcada en el archivo de historia local: la última huella tangible del día en que el último rey absoluto de Dinamarca cruzó el dique hacia Aalholm.

Cinco años después, Cristián VIII había muerto. Seis años después, también el absolutismo.

32. 1864 – Los doce del cementerio

El 18 de abril de 1864 los prusianos asaltaron Dybbøl. Costó setecientos muertos y más de quinientos heridos al bando danés, y el resto del ejército se retiró a Als, donde fue derrotado de nuevo en junio. Cuando la guerra terminó con la paz de Viena, Dinamarca había cedido un tercio de su territorio y el cuarenta por ciento de su población.

Los heridos tenían que ir a alguna parte.

Nysted estaba tan lejos de los combates como se podía estar en la monarquía danesa, y la ciudad tenía el único puerto natural de la costa sur de Lolland. Esa es probablemente toda la explicación. Los heridos se embarcaron hacia el norte desde Als y Sønderborg, y en el islote de la albufera había un castillo con sitio.

El conde Gregers lo cedió sin pedir un céntimo. Una carta de Lolland, publicada en el Berlingske, lo cuenta: «El conde y su familia habitaban este castillo hasta ahora, y como el gobierno aceptó la oferta con gratitud, la familia condal trasladó todo el considerable mobiliario en pocos días». El autor encontraba Aalholm «quizá uno de los mejores hospitales que tiene el ejército»: espléndidas salas altas, corredores detrás, avenidas de tilos delante, un jardín de árboles raros. «En suma, este pequeño lugar es un puro paraíso».

El libro del jubileo de 1909 lo recuerda desde la ciudad: «Cuando el vapor llegaba con heridos y enfermos, los de Nysted ponían carros y esparcían paja por el camino que debían seguir».

La ciudad que amortiguaba las sacudidas de las ruedas con paja. Difícilmente se hallará imagen más hermosa de la relación entre castillo y ciudad.

Pero hay que entender adónde llegaban aquellos hombres. La cirugía de 1864 era anterior a la antisepsia. El tratamiento consistía en extraer balas cuando se podía y, si no, en amputar. Después venía lo que los contemporáneos llamaban fiebre de las heridas. Dinamarca rechazó la ayuda internacional y rechazó a las mujeres como enfermeras, diez años después de Florence Nightingale. Esa es la realidad en que yacían los hombres de Aalholm, en las altas salas de Otto Ludvig con vistas a la albufera.

Doce murieron, entre abril y agosto.

Mads Hansen había nacido en Nørre Lyndelse, en Fionia, hijo ilegítimo, criado por un granjero. Fue herido en Dybbøl el 12 de abril, seis días antes del asalto, y amputado. Murió en Aalholm el 26 de junio. Hay dos meses y medio entre la bala y la muerte. Es la fiebre de las heridas de 1864, en un solo hombre.

Hans Rasmussen era artillero, nacido en Tillitse, en Lolland. Fue herido el 14 de abril y murió a cuarenta y cinco kilómetros de la parroquia donde nació. Estaba en casa.

Hans Christian Hansen, de Tarup, cerca de Odense, no murió de sus heridas. Murió de tifus. Un hospital de 1864 era también un lugar donde muchos hombres yacían apretados.

El 6 de octubre de 1865 se levantó un obelisco en el cementerio de Nysted. Sigue allí: «en agradecida memoria

de los 12 defensores de la patria que en 1864 murieron en el hospital de Aalholm». Al pie: «El Señor guarde a los fieles».

Hay en la inscripción un detalle fácil de pasar por alto. El monumento lo erigieron los habitantes de Nysted, la parroquia rural y Herritslev. No el Estado. No el ejército. No el conde en cuyo castillo habían muerto. Gente corriente de tres parroquias del sur de Lolland reunió dinero para una piedra sobre doce desconocidos que habían entrado en su ciudad en camilla y no habían salido.

33. 1865 – El conde loco en Rydhave

Gregers Christian Raben era doctor en filosofía, montero mayor, chambelán y miembro de la Sociedad Latina de Jena. Se había casado fuera de la nobleza, con Anna Margrethe Lund, y el matrimonio no tuvo hijos, pero no quedó sin niña. La pareja había adoptado a la sobrina de ella, Anna Marie Amalie, nacida en Næstved en 1832, hija de un dueño de billares. Creció como la condesa Amalie Raben.

Cuando su esposa murió en 1851, Gregers se volvió inquieto. No se quedó quieto en Aalholm. Poseía Søbø en Fionia y, desde la década de 1860, la vieja casa señorial de Rydhave, cerca de Vinderup, en el oeste de Jutlandia: un castillo con torre octogonal y un fantasma en el muro, que había pertenecido dos siglos a la familia Sehested. La compró, decían los lugareños, para cultivar los vastos brezales de la finca, y gastó grandes sumas en restaurar

el edificio principal.

Pero no fue la agricultura lo que le valió el apodo.

En el oeste de Jutlandia, donde nadie lo conocía como conde de Christiansholm, se convirtió en *el conde loco*. La sociedad histórica de Skive escribe que fue sobre todo por sus muchas ideas, como la cría de ranas importadas de Francia. El internado que hoy ocupa Rydhave cuenta a los niños la historia del conde que cavó en el bosque un estanque para sus ranas francesas y que una vez disparó a una bruja. El archivo local de Vinderup sigue teniendo una carpeta titulada «El conde loco de Rydhave».

Luego estuvo el oso. Gregers era un cazador apasionado, y sus viajes lo llevaban a Noruega. En una cacería de invierno abatió un gran oso, y donde la mayoría de los cazadores se habría detenido, el conde hizo poner el animal en un trineo y transportarlo de Noruega, por Suecia, hasta Copenhague, donde fue regalado a la corte y servido en una de las cenas de Cristián IX. Uno de los comensales habría encontrado la carne bastante dura. La carne de oso no triunfó en la corte danesa.

Y luego estuvo el tren. La línea Skive–Struer se inauguró en noviembre de 1865, y el conde la usaba. Un día, en el andén de Vinderup, vio salir el tren de Struer, según su reloj, cinco minutos antes de la hora. El jefe de estación intentó razonar con él. El conde exigió que se telegraficara a Struer. El resultado, según la tradición, fue un tren especial devuelto a Vinderup para recoger al conde triunfante.

Estas historias se pusieron por escrito en 1957, tres

generaciones después, y hay que leerlas como lo que son: el recuerdo que una comarca guarda de un hacendado excéntrico. El oso no puede confirmarse ni desmentirse sin las listas de mesa del mariscal de la corte.

Pero los viajes a Noruega tuvieron una consecuencia documentable. En uno de ellos, el poeta noruego Andreas Munch —viudo, que había perdido esposa y dos hijos— conoció a la condesa Amalie. Munch fue el primer poeta noruego con pensión del Estado, uno de los tres que, a ojos de sus contemporáneos, habían fundado una literatura noruega independiente. El 10 de octubre de 1865 se casaron en la iglesia de Borbjerg, parroquia vecina de Ryde. La boda se celebró desde Rydhave. El conde loco tuvo un poeta nacional por yerno.

Cuando Gregers vendió Rydhave en 1873, dejó más que anécdotas. En el archivo de Aalholm reposa la escritura de fundación de un legado «a favor de los pobres meritorios de la parroquia de Ryde y del condado de Christiansholm»: 70.000 rigsdaler, una suma enorme, que unía su mundo jutlandés y su mundo lollandés en una sola obra.

El hombre al que llamaban el conde loco gastó su fortuna en cultivar brezales, restaurar una casa señorial, en la ciencia y en la beneficencia. Eso no es locura. Es un tipo de terrateniente del que el siglo XIX conoció varios: erudito, terco, generoso y sin paciencia para trenes que salían cinco minutos antes.

34. 1869 – El castillo de la torre de las estrellas

En 1869 apareció el segundo tomo de *Viejos recuerdos daneses*, libro popular sobre las ciudades, iglesias, castillos y leyendas de Dinamarca, publicado bajo el nombre de Holger Bruun, tras el que se escondía el escritor L.J. Flamand. Era el tipo de libro que las familias danesas tenían en la mesa del salón, y generaciones de lollandeses conocieron la historia de su castillo precisamente en esas páginas.

La primera frase es oro. Aalholm es «un edificio macizo y cuadrado con dos torres, una de las cuales está habilitada como observatorio astronómico». Ahí lo tenemos, negro sobre blanco: la torre de las estrellas era el emblema del castillo. El observatorio de Frederik Christian se mencionaba antes que nada al presentar Aalholm al lector danés. No era una curiosidad privada. Era parte de la identidad pública del castillo.

Y el autor continúa: junto al castillo hay «un hermoso jardín y bosque, donde se hallan gran cantidad de árboles y arbustos raros» que el difunto conde, «botánico él mismo», había traído de sus viajes «por tierras extranjeras y otras partes del mundo». Treinta años después de la muerte del conde en Río, su legado estaba tan presente en el parque que formaba parte de la descripción del país. Raben, astrónomo y botánico, es el protagonista silencioso del capítulo.

El libro popular sabe también algo del castillo antiguo: que «antao tenía cinco torres, un chapitel de madera y dos

miradores»: cinco torres, donde toda la demás literatura cuenta cuatro. Quizá un error, quizá el recuerdo de la torre-puerta del ala sur que se adivina en el dibujo de Resen. Las excavaciones tendrán la última palabra.

Donde Burman Becker en 1830 situaba en Aalholm el reparto del reino de 1157, el libro popular se remonta aún más: «Antiguas noticias hablan del castillo de Aalholm como construido en el siglo IX, y era entonces la bien fortificada sede de los antiguos reyes del mar». El autor es él mismo escéptico y propone en su lugar una de las pequeñas fortificaciones costeras que Svend Grathe levantó en 1151 contra los vendos, ampliada luego hasta un castillo considerable hacia finales del siglo XIII. La conjetura estaba mal fechada, pero bien pensada: un fuerte más pequeño y antiguo en el islote, sustituido por el verdadero Aalholm. Curiosamente, se acerca al modelo que el museo y los nuevos hallazgos dibujan ahora.

Pero la joya del capítulo es el relato de 1368, que corrige a Burman Becker en un punto central. Donde el libro antiguo decía brevemente que el ejército de la Hansa tomó Aalholm, el libro popular cuenta la verdadera historia: el conde Enrique de Holstein, la tregua del 8 de septiembre, el plazo del 1 de mayo de 1369 que llegó y pasó, y Kersten Kule en Bardewick en 1370 con sus reservas sin fin. Aalholm nunca fue conquistado en 1368. El castillo fue sitiado y salvado con pluma y papel.

Y por último, el libro popular hace la escena de 1332 más viva que ninguna otra fuente: la casa de piedra con tejado de

cañas de Peder Hvitfeldt en Sakskøbing, el fuego, el rey que salta por la ventana, y el conde Juan que «no daba ningún valor a su medio hermano, sino que lo dejó marchar enseguida». Los secuestradores querían vender un rey y descubrieron que nadie quería comprar.

Flamand compilaba, y nadie debe creer su siglo IX. Pero su capítulo es un eslabón imprescindible de la cadena: la instantánea del Aalholm del observatorio, el relato completo de 1368, y un recordatorio de quién leía: gente corriente, en la mesa del salón, en 1869.

35. 1874 – El poeta en el jardín del castillo

El 18 de septiembre de 1874, uno de los poetas más celebrados del Norte estaba sentado en el jardín de Aalholm escribiendo.

Andreas Munch era hijo de un obispo noruego, primo del historiador P.A. Munch y de la misma familia que el pintor Edvard Munch. Fue el primero en recibir una pensión de poeta del Storting noruego, y Grieg puso música a sus versos. Era el romanticismo nacional noruego en persona: la naturaleza, la historia y la melancolía eran sus instrumentos, y los tres se emplearon aquel día de septiembre junto a la albufera de Nysted.

No era un turista. Nueve años antes se había casado con la condesa Amalie de Rydhave, y cuando escribe en la primera estrofa que el viejo linaje aún habita el castillo, habla de su propia familia política. La pareja vivía la mayor parte del año en

Dinamarca, en invierno en Copenhague, en verano en Nysted; en 1877–78 construyeron su Villa Marina de inspiración italiana en la calle mayor por unas 80.000 coronas, anotó la crónica de la ciudad, una fortuna cuando un obrero cualificado ganaba 26 øre la hora. El parque de Aalholm era su vecino.

El poema se titula «En el jardín del castillo de Aalholm» y tiene seis estrofas. Se abre con el castillo mismo, el viejo castillo del muro rojo, rodeado del susurro de un bosque de árboles nobles, mientras el mar brama desde la orilla como un saludo del cuerno de un vikingo: eco romántico de aquellas tradiciones de un Aalholm inmemorial que circulaban en los libros de esos mismos años. Y luego el verso que muestra que el poeta conocía la historia del lugar: el castillo que fue morada del rey, y prisión. Castillo real y mazmorra, todo el arco desde la cancillería del rey Hans hasta el sótano de Cristóbal, en un solo dístico. Muchas leyendas oscuras llenan aún estos lugares, añade. Sigue teniendo razón.

Pero el corazón del poema es el jardín. Estrofa tras estrofa, Munch recorre el parque y nombra lo que ve: el fresno llorón inclinado, el bosquecillo de abetos, los poderosos plátanos a cuya sombra el paseante presiente el Sur, y dentro magnolia, higuera, laurentino, acacias, el ciprés que apunta a la eternidad. Es, escribe, como si un hada con las manos llenas hubiera esparcido bajo el cielo gris del Norte una riqueza que solo el Sur conoce.

Leído como fuente, es oro. El poema es un testimonio

botánico ocular: una lista de plantas versificada del jardín exótico que Frederik Christian había creado con lo traído de sus viajes. Treinta y cinco años después de la muerte del conde, sus plátanos, magnolias e higueras estaban en pleno esplendor, atestiguados por un observador profesional con ojo para lo raro. Para quien hoy quiera replantar el parque, esas estrofas son un documento al nivel de un registro de jardinero.

Y luego el romántico nacional da la vuelta a la idea con gracia: sobre todo ese hermoso jardín bajo, el hayedo de Dinamarca monta fiel guardia, porque cuanto la cultura pueda traernos prospera mejor bajo el ala del hogar. El esplendor del Sur en el abrazo del Norte: difícilmente se resume con más belleza la idea del parque de Aalholm, o la Dinamarca del siglo XIX.

El poema termina a la luz de la luna. Rayos de elfos sobre el mar, niebla sobre el prado, y las torres de Aalholm velando el parque. Cada visitante del parque ha podido comprobar esa imagen desde entonces.

Aarestrup había escrito sobre el plátano como médico de Nysted. Ahora el gran poeta de Noruega escribía sobre el conjunto, como yerno. Ninguna otra casa señorial de Lolland puede mostrar dos poetas en su jardín, uno danés y otro noruego, bajo el mismo árbol.

36. 1875 – El nombre

Pero Gregers hizo una cosa por la que todos le han dado las gracias desde entonces.

El condado se llamaba Christiansholm. Así era desde 1734, por un muchacho que murió a los veinticinco años sin dejar rastro. El castillo se llamaba Aalholm. Así era desde 1328, desde las anguilas, desde el rey en el sótano. Durante cien años, los dos nombres habían convivido, y uno de ellos era el correcto.

Gregers solicitó permiso para cambiarlo. Y se le concedió. El condado de Christiansholm pasó a ser el condado de Aalholm.

El conde loco devolvió al castillo su nombre.

Murió sin hijos en 1875. Su hermano Julius tomó el relevo, y Julius murió cuatro años después, en 1879, también sin herederos. Aquella rama de la familia Raben se había extinguido, y el condado —el condado de Emerentia, el que debía transmitirse por toda la eternidad— quedaba sin heredero.

Según el acta fundacional, debía entonces volver al rey.

Uno puede imaginar a la Dama Blanca en aquellos años. Propietario sin hijos tras propietario sin hijos. Debió de caminar mucho.

37. 1880–1881 – El Tribunal Supremo

Había una rama colateral.

Josia Levetzau de Lekkende era consejero privado y sobrino

del hijo de Emerentia: un pariente lejano, pero pariente, y tenía una pretensión. El rey tenía otra. En 1880 un historiador ciego escribió sobre el caso, y en 1881 la batalla por Aalholm llegó al Tribunal Supremo.

No fue una batalla de espadas. Fue una batalla de documentos, con la patente de Emerentia de 1734, leída y releída por los mejores juristas del país, con árboles genealógicos y reglas sucesorias y la eterna pregunta de qué había querido decir una anciana al escribir «por toda la eternidad».

Levetzau ganó. Obtuvo el condado y el título, y el nombre pasó a ser Raben-Levetzau, como se llama desde entonces. Nueve generaciones de una misma familia en un mismo castillo: esa fue la obra de Emerentia, y se sostuvo porque la había dejado escrita.

Josia murió en 1889. Su hijo había asumido ya la administración de la finca en 1881, siendo joven, y ocuparía el condado cuarenta y cuatro años, hasta su muerte en 1933.

Se llamaba Frederik Christopher Otto Raben-Levetzau. La posteridad lo llamó la Excelencia.

Y heredó una ruina con vistas.

CUARTA PARTE: LA EXCELENCIA

38. 1882 – El joven y el jardín

Aalholm estaba descuidado.

No en ruinas como tras los suecos, sino descuidado, como queda una finca cuando dos hermanos viejos sin hijos la ocupan durante décadas y gastan el dinero en glorietas. Los bosques estaban mal explotados. Los campos, sin drenar. La granja estaba pegada al castillo, donde había estado desde la Edad Media, y olía en consecuencia. El gran parque de Frederik Christian seguía allí, pero los árboles habían crecido por encima de todos, y las columnas de Gregers se inclinaban entre senderos invadidos.

El joven Frederik Raben-Levetzau tenía veinticinco años, era licenciado en economía política, antiguo funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores con destinos en Viena y París. Había visto cómo debía ser una residencia señorial europea. Y había decidido que Aalholm sería una.

Empezó por el jardín. En 1882, antes incluso de ser conde, llamó al inglés H.E. Milner, el paisajista más destacado de su tiempo, que acababa de trazar el parque del conde Knuth. Milner recorrió la selva de Frederik Christian y el laberinto latino de Gregers y trazó un plan general: conservar y cuidar las plantaciones antiguas, rehacer el jardín de recreo a la inglesa e integrar el Prado de los Caballos en un paisaje que fluyera con el castillo y la albufera.

Era grande. Ciento setenta hectáreas de jardín. El camino de Saksøbing, que cruzaba el dique justo al sur del castillo, se trasladó al norte a un dique nuevo que recibió el nombre magnífico de *Alverdens Gang*, el Paseo de Todo el Mundo. Se dragó el lago de los Juncos y se creó en su centro una isla de dos hectáreas llena de parterres —*el Arreglo*—, donde cada año se plantaban entre trece y quince mil plantas. Al oeste del castillo, junto a la avenida de castaños, se trazó un huerto y jardín frutal de cinco hectáreas y media, rodeado de un muro de granito finamente cortado, con palmario, invernadero de vides, invernadero de melocotoneros y, en el centro, una torre de agua de doce metros que garantizaba el riego de todo.

La condesa tuvo su propia isla en el lago. Aún se llama la isla de la Condesa. Hoy se puede ir allí, situarse donde ella se situaba y ver el castillo desde el agua como ella lo veía: rojo y pesado y, sin embargo, a la luz del atardecer, sonriente.

39. 1884 – El inglés y los faisanes

El primer año se cazaron siete faisanes en Aalholm. Siete.

El faisán era un inmigrante. Los primeros ensayos daneses se remontan a 1761, cuando A.G. Moltke, en Bregentved, recibió veinte huevos de la faisanería real, que una pava debía incubar en casa del guarda, y que en primavera habían muerto a picotazos. Solo en la segunda mitad del siglo XIX arraigó el ave de verdad en las fincas, y surgieron dos escuelas. La alemana soltaba los pollos casi adultos y los mantenía bajo vigilancia constante. La inglesa era más audaz: los pollos salían al campo a las cuatro o seis semanas. Eso daba aves más salvajes, más fuertes y mejores voladoras, pero imponía una exigencia ineludible. Había que combatir las alimañas sin piedad, o los pollos no sobrevivían.

El principal practicante del método inglés en Dinamarca se llamaba Robert Richardson. Había llegado al país en 1876, y en 1884 fue maestro faisanero de Aalholm.

Procedió con método. Junto con el joven guarda Frederik Saurbrey, nacido en 1861, organizó la cría a la inglesa y emprendió a la vez una campaña intensiva contra las alimañas. Los resultados llegaron pronto. A los dos años, el tablero anual era de 476 faisanes. De siete a 476 no era una mejora. Era una transformación.

Podemos seguirlo porque la Asociación Danesa de Caza, fundada precisamente en 1884, publicaba tableros en su revista. Para 1887 Aalholm figura con 206 faisanes y todo el condado

con 413 de 2.002 piezas cobradas. Solo un puñado de fincas en todo el país superaban esa cifra ese año; Frijsenborg anotaba 80. En tres años Richardson había subido Aalholm del fondo de las listas a la cima del país. El faisán era tan nuevo que en 1884 ni siquiera figuraba en la tabla de vedas de la ley de caza, y ya había mercado: de dos a tres coronas el macho, de una y media a dos la hembra.

El paso de Richardson por Aalholm fue breve. En 1888 lo llamaron a Frijsenborg, el mayor servicio de caza del país, donde acabó como montero mayor. Pero su huella más importante fue su discípulo. Frederik Saurbrey, el guarda de Aalholm, fue en 1900 guarda mayor de Bregentved, donde la faisanería creció bajo su dirección a escala industrial: en 1929 se recogieron más de 8.000 huevos de más de 500 hembras. Una fotografía de una cacería de 1913 lo muestra junto a Cristián X. Alcanzó incluso una dudosa inmortalidad literaria como modelo del implacable guarda mayor «la Bomba» en la novela de Svend Fleuron *El animal faisán*.

Así que cuando se habla del triunfo del método inglés en la caza danesa, una de las líneas principales pasa directamente por Aalholm: de Richardson a Saurbrey, de Lolland a Bregentved, y de allí a las fincas de Selandia.

Para el propio Aalholm, los años de Richardson sentaron las bases de la cultura cinegética que marcaría la gran época de los Raben-Levetzau: las cacerías de otoño, donde realza e invitados extranjeros se reunían en Lolland, y donde el faisán era fijo en el

tablero. Que hubiera faisanes que batir se debía, al fin y al cabo, a siete aves flacas de 1884, y a un inglés que sabía lo que hacía falta.

40. 1885 – Las águilas reales

El 15 de marzo de 1885 se abatió un águila real en Aalholm.

Lo sabemos con precisión de día porque Jonas Collin publicó en 1895 su gran registro de las aves danesas, y bajo el antiguo nombre latino de la especie, *Aquila fulva*, figura localidad tras localidad, y en medio de la lista: «En Aalholm el 15 de marzo y el 24 de oct. de 1885 (Rev. de caza)». La fuente es la Revista Danesa de Caza. Y una revisión moderna de todos los registros raros anteriores a 1965 despeja la duda: ambas aves están clasificadas «sk». Abatidas.

No era una rapaz cualquiera. El águila real es de las mayores de Europa, con más de dos metros de envergadura y hasta seis kilos de peso, y se alimenta de liebres, aves y animales medianos: es decir, exactamente de lo que un servicio de caza llamaba su caza. Las fechas encajan con el patrón migratorio: las águilas reales escandinavas llegan a Dinamarca como visitantes invernales en octubre-noviembre y se van hacia marzo. Serían probablemente ejemplares errantes del norte, no una población local.

Imáginese la escena. Una enorme rapaz oscura planea sobre el llano paisaje de Lolland tras semanas de viaje. Hoy saldrían los prismáticos. En 1885 salió la escopeta.

Es tentador preguntar cómo pudieron. Pero eso es malentender 1885. En las grandes fincas de la época, la naturaleza se dividía burdamente entre lo que se quería en mayor número y lo que competía por ello. Liebres, perdices y faisanes debían fomentarse. Zorros, mustélidos, cornejas y rapaces debían contenerse: «alimañas», que un servicio de caza profesional tenía el deber de combatir, y en muchas fincas las primas por rapaces muertas eran parte del sueldo de los guardas. La Asociación Danesa de Caza, fundada el año anterior, lo tenía en su programa: el ánade real protegido en época de cría, y las rapaces exterminadas.

Y precisamente en Aalholm ocurría otra cosa en esos mismos años. En 1884 había llegado Richardson y había montado la faisanería a la inglesa, con las aves jóvenes sueltas a las cuatro o seis semanas: fuertes y salvajes, pero también especialmente expuestas a todo lo que tuviera garras. El método exigía una lucha implacable contra las alimañas, y él y Saurbrey la emprendieron.

1884: se monta la faisanería. 1885: se abaten dos águilas reales.

Ninguna fuente dice quién las abatió, ni si cayeron dentro de la campaña de la faisanería. No debe afirmarse. Pero los dos hechos pertenecen sin duda al mismo proceso.

Y volvió a ocurrir. El 16 de noviembre de 1889: Aalholm, un águila real, abatida. Al menos tres águilas reales en menos de cinco años.

Hay en ello una paradoja. Muchas de las aves que conocían los naturalistas de la época las conocían porque habían sido abatidas, enviadas al taxidermista, disecadas y anotadas en las revistas de caza. La destrucción de la naturaleza se convirtió en fuente de conocimiento sobre ella. Frederik Christian había coleccionado aves para entenderlas. Los guardas de sus descendientes las mataron para proteger a los faisanes, y las convirtieron así en ciencia.

En 1922 se protegió a las rapaces en época de cría; en 1967, todo el año. En 1999, por primera vez con certeza, una pareja de águilas reales sacó adelante pollos en Dinamarca. Si mañana un águila real planeara sobre los bosques de Aalholm, ningún guarda recibiría la orden de ir por la escopeta. La gente se detendría. Los aficionados a las aves recorrerían kilómetros por un vistazo.

Tres breves notas en la Revista Danesa de Caza hablan de una relación completamente distinta entre el hombre, la caza y la naturaleza, y de cuánto ha cambiado esa relación desde entonces.

41. 1885–1889 – Cuando el castillo recibió su rostro

En 1885 trasladó la granja. Kilómetro y medio hacia el norte, lejos del castillo, más cerca de los campos: un conjunto completamente nuevo con vivienda del arrendatario, edificio de aprendices, lechería, granero, cuadra y establo, todo dibujado con mano segura que —todo lo indica— era la del arquitecto Hans J. Holm. El conjunto recordaba al Mercado de Carnes

Pardo de Copenhague, que Holm había construido diez años antes. Ardió en 1907, todo salvo la vivienda del arrendatario, y se reconstruyó idéntico. En el solar de la antigua granja se hizo un patio de cuadras para los veinte caballos de silla y tiro del conde y una cochera para los elegantes carruajes.

Y entonces, en 1889, empezó la gran obra.

Hans J. Holm era catedrático, historicista y enamorado de la Edad Media. La amaba tanto que inventaba más donde faltaba. Se plantó en el gran patio de Aalholm y miró el rectángulo que el rey había trazado en el siglo XIII, y vio en qué podía convertirse.

Dividió el patio. Alas transversales con grandes torres cuadradas cortaron el viejo rectángulo en dos patios cerrados. Una amplia entrada conducía al centro del nuevo conjunto simétrico, donde un espacioso patio de llegada con una imponente torre de escalera recibía al visitante. Toda la nueva fachada sur y los dos patios recibieron cuanto el historicismo podía tomar prestado de la Edad Media: ventanas de medio punto y ojivales, balcones, miradores, buhardillas de cobre, mampostería en voladizo, hastiales escalonados, tejados de teja y de pizarra, entramado de madera con ménsulas talladas. El ala norte recibió un pintoresco «pimentero» y un mirador de entramado. El muro exterior del ala oeste, nuevas y grandes troneras por las que nadie dispararía jamás.

El observatorio de Frederik Christian fue suprimido. El astrónomo tuvo que ceder ante la estética.

En la fachada, Holm puso el sello de la Universidad de

Copenhague y el año 1232, por la supuesta fundación del castillo bajo Cristóbal I, y para dar al lugar un peso que nadie pudiera discutir. Era un relato heráldico tallado en piedra: la historia principesca de la Edad Media y el saber del Renacimiento, unidos en Lolland.

Dentro estaba escenificado como un teatro. Los huéspedes entraban en la escalera de peldaños de mármol y paneles de roble y eran recibidos por las notas de un órgano empotrado. El vestíbulo era medieval: mampostería, arcadas, columnas, vigas pintadas. El ala norte era una suite de gala: gabinetes elegantes, comedor, gran salón, salón de baile, cada estancia más bella que la anterior, con imitación de cuero dorado en las paredes, damascos, parkés taraceados, puertas de dos hojas con tiradores de latón, tallas de madera, ricos estucos. Una hilera de habitaciones de invitados con camas de dosel y muebles antiguos aguardaba a los ilustres huéspedes del conde, la familia real en cabeza.

Y durante las obras los albañiles encontraron algo. Bajo el encalado de la sala este del ala norte: el nombre de Federico II. El de la reina Sofía. Los de los consejeros. Y abajo, con gorro de bufón y jarra, Christoffer Koryot.

El bufón había esperado trescientos años, y por fin volvía a haber fiesta.

Los anticuarios de la posteridad sacudieron la cabeza. Mucho se había derribado, más se había reformado hasta lo irreconocible, y el auténtico carácter medieval del castillo

quedaba gravemente debilitado. Pero los huéspedes de la época se quedaron sin aliento. Holm había creado un conjunto pomposo de esplendor casi principesco, y salvo Frijsenborg, ninguna casa señorial danesa podía medirse con Aalholm. La época no conocía la protección de monumentos. Se trataba de recrear. Y se logró.

42. 1890 – La montería que nunca se celebró

En medio del bosque de Roden hay un lugar que en el mapa parece demasiado geométrico para pertenecer a la naturaleza. De una plaza redonda, la Rotonda, salen ocho caminos rectilíneos a través del bosque como los radios de una rueda.

Es la forma clásica del paisaje de caza a caballo con jauría, la caza *par force*. El sistema permitía a los jinetes moverse rápido por grandes bosques sin perder la orientación; desde las estrellas se podían seguir perros y presa a lo largo de las largas perspectivas. Así se trazaron los famosos bosques de caza reales de Europa en los siglos XVII y XVIII, y los bosques de caza del norte de Selandia están hoy en la lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO precisamente por esa geometría.

Y así es también Roden. La pregunta natural ha sido siempre: ¿se practicó la caza *par force* en Aalholm?

Probablemente no.

El historiador de la caza Jesper Laursen es inusualmente claro: cuando Roden se convirtió en parque de caza hacia 1890, se trazó

la estrella, pero no parece haber tenido ninguna función práctica. Tenía valor simbólico. Roden no es un vestigio de las cacerías reales del siglo XVII; el trazado es dos siglos más joven. Cuando se abrieron los caminos, la caza par force llevaba más de cien años abolida en los bosques de la Corona. Y sin embargo, en Aalholm se decidió crear un paisaje que se le pareciera.

¿Por qué?

El hombre de Aalholm en aquellos años era Frederik Raben-Levetzau, el futuro ministro, vuelto de sus años de diplomacia en 1881. Y al año siguiente de su regreso participó en un acontecimiento que se hizo famoso en la historia de la caza danesa: la gran cacería par force de Frijsenborg de 1882, donde el conde Mogens Frijs había resucitado la caza de inspiración inglesa con un estilo espectacular, con perros importados, un adiestrador inglés y grandes compañías aristocráticas a caballo. Otto Bache la inmortalizó en su abigarrado cuadro *El final de la cacería par force en Frijsenborg, 1882*. Los personajes están identificados, y entre ellos hay un hombre de levita verdosa, sombrero pardo y calzón blanco: el conde Frederik Raben-Levetzau de Aalholm.

Él mismo había cabalgado en ella. Ocho años después, Roden tuvo su estrella.

No hay documento en que el conde escriba que quiere su propia estrella de caza. Hasta ahí no puede probarse. Pero la cronología es difícil de ignorar, y si la conexión es correcta, Roden es algo refinado: el conde no quería necesariamente

la caza. Quería el paisaje de caza. En los años en que Holm convertía el castillo en teatro medieval, una estrella de caza en el propio bosque era una declaración: esto era una gran finca.

Hay un detalle que mantiene honesta la interpretación. La estrella se trazó a la vez que una modernización del bosque: casas de guardas, explotación racional y largos caminos rectos útiles para transporte, trabajos forestales y cortafuegos. Lo práctico y lo simbólico no se excluyen.

Y en medio está el ingeniero forestal Carl E. Kann, en el cargo de 1875 a 1918, responsable de los bosques durante toda la reforma. Se le erigió una piedra conmemorativa después de su tiempo. ¿Dónde? En la Rotonda. En el centro de la estrella. Es tentador ver en él al hombre de los caminos. Pero solo sabemos que era el forestal, y que la estrella surgió en su época.

Si Roden hubiera sido centro de grandes cacerías par force, habrían dejado huella: jaurías, jinetes, invitados, relatos, cuadros. En Frijsenborg se pintaron. En Aalholm nadie ha encontrado nada. Ninguna cacería famosa. Ninguna jauría. Queda la estrella misma. Falta la caza.

Ocho caminos siguen saliendo de la Rotonda. Todo está dispuesto como si los jinetes pudieran aparecer al galope en cualquier momento. Pero al parecer nunca llegaron. Aalholm tuvo su estrella de caza, pero no su caza.

43. 1891–1908 – La lista de invitados

Vinieron.

En 1891 se alojó en Aalholm el príncipe de Siam. Uno puede imaginarlo: un joven príncipe asiático, enviado a Europa a aprender, alojado en un castillo de Lolland con camas de dosel y órgano en el vestíbulo, paseando por el parque de Frederik Christian entre robles americanos y osos disecados, mientras los jardineros plantaban quince mil plantas en el Arreglo.

En 1902 vinieron los príncipes herederos —el futuro Cristián X y la princesa Alexandrine— por cuatro días de noviembre. Hubo cacería. Hubo cenas. Hubo salón de baile, órgano y cuero dorado.

En 1906 vino el propio rey, Federico VIII.

Y en 1908 vinieron los dos hombres cuya rivalidad incendiaría el mundo seis años después: el káiser Guillermo II de Alemania y el rey Eduardo VII de Inglaterra. En el mismo castillo. En el mismo parque. Se les ve: el káiser con su bigote engominado y su brazo atrofiado, que siempre escondía, y el corpulento rey inglés con su puro, paseando entre las columnas latinas de Gregers y hablando de algo que ninguno de los dos pensaba. La escalera de Hans J. Holm los recibió con música de órgano. Koryot miraba desde el muro.

El conde era anfitrión de todo ello. Para eso se había construido Aalholm.

Pero Aalholm no era todo lo que tenía. El censo del 1 de

febrero de 1906 revela que el castillo estaba habitado aquel día por exactamente una persona: el ama de llaves. El conde estaba con su hijo en Copenhague, en Amaliegade 17 —tan cerca de Amalienborg que prácticamente estaba bajo el alero del rey—, con cuatro lacayos, tres doncellas, una pinche, el cocinero, la mujer del cocinero y un aprendiz de cocina, doce sirvientes en total. La condesa estaba «en el extranjero» con sus dos hijas y su doncella, probablemente en la villa Beaulieu de Cannes.

En la granja, a kilómetro y medio al norte, vivían ese mismo día cuarenta y cuatro personas: el arrendatario y su familia, el administrador, mozas de lechería, cochero, capataz, mozos, vaqueros, un jornalero con mujer e hijos. Ciento veinte vacas, cuarenta y cinco reses jóvenes, seis toros, veintisiete caballos. En verano, diez muchachas polacas en la remolacha.

Ese era Aalholm en el cambio de siglo: un castillo con un ama de llaves y una granja con cuarenta y cuatro personas. Unos señores en Cannes y en Amaliegade. Y en la isla del lago de los Juncos, quince mil flores que nadie veía.

44. 1901 – La ciudad empieza su diario

En el umbral del siglo XX, un hombre de Nysted se propuso algo insólito: describir su ciudad entera tal como estaba —calles, casas, negocios, personas— y llevar después registro de todo lo que ocurriera.

Se llamaba C.A. Hansen y era el médico de la ciudad. Su

primer tomo no era un libro de historia, sino algo en cierto modo más valioso: un informe de estado. *Status 1901*: una instantánea de la villa junto a la albufera, justo cuando el viejo mundo iba a encontrarse con el nuevo. La ciudad no tenía aún ni ferrocarril ni torre de agua, pero tenía su puerto, sus casas de comerciantes, su viejo ayuntamiento y cinco buenos siglos de historia a la espalda. Hacer balance antes de empezar un diario fue una genialidad: todo lo que los cronistas siguientes anotaran como cambio podría medirse con la imagen de 1901. Es la respuesta de la historia urbana al levantamiento de referencia de los arqueólogos antes de clavar la pala.

Luego empezó el diario. Hansen lo llevó él mismo desde 1902; en 1927 tomó la pluma Johs. Grønbech Jørgensen, y así la Crónica de Nysted pasó de mano en mano durante todo el siglo, hasta que el último cronista, John Voigt, la dejó en 2006. Dos guerras mundiales, la llegada y la desaparición del ferrocarril, las vicisitudes del puerto, comercios, familias, fiestas y accidentes, anotados sobre la marcha por gente que estaba en medio. Una crónica llevada al ritmo de los hechos no sabe cómo termina la historia, y precisamente por eso recuerda los detalles que la posteridad olvida.

Para Aalholm es un cofre del tesoro de un tipo especial: el castillo visto desde la ciudad. Castillo y ciudad están entrelazados desde el siglo XIII —la ciudad que creció al abrigo del castillo, fue liberada por él en 1409 y lo asaltó en 1534—, y en el siglo de la crónica el entrelazamiento continuó de formas

nuevas: el castillo como empleador, señor, vecino y atracción. Fue la crónica la que anotó lo que costó la Villa Marina de Munch. Son esas cifras, precios, nombres y fechas, casa por casa y año por año, los que ninguna otra fuente conserva.

El original está en el archivo de historia local de Nysted, que ha digitalizado toda la obra. La idea de un hombre en 1901, sostenida por voluntarios durante cinco generaciones. Y quizá haya una invitación silenciosa en que el diario se detuviera en 2006. La crónica de Nysted espera a su próximo cronista.

45. 1905 – El ministro de Asuntos Exteriores

En 1905, el conde fue ministro de Asuntos Exteriores.

No era evidente. El gobierno de J.C. Christensen era un gobierno de Venstre, el gobierno de los campesinos, y Raben-Levetzau era hombre de derechas de corazón, terrateniente, chambelán, miembro del consejo del Landmandsbank. Pero Dinamarca necesitaba un ministro con visión internacional e idiomas, y de esos no había muchos en Venstre. El conde había estado en Viena y París. Había sido comisario general de la participación danesa en la Exposición Universal de París de 1900. Era vicepresidente de la Sociedad Geográfica, tesorero de las órdenes y, durante más de diez años, presidente del comité de construcción del nuevo Christiansborg: construía palacios en Copenhague mientras Holm construía en Lolland.

Así que fue ministro.

Durante tres años tuvo en sus manos las relaciones de Dinamarca con el mundo, en una época en que Alemania crecía, el sur de Jutlandia seguía siendo alemán y cada frase diplomática había que sopesarla. Y entonces llegó el escándalo Alberti de 1908: el ministro de Justicia, que había malversado millones, se entregó, y el gobierno se tambaleó. Raben-Levetzau se retiró. El gobierno cayó.

No volvió a la política. Aparte de la presidencia del consejo parroquial de Nysted —había que tener la propia ciudad en orden—, se atuvo al castillo, a los jardines, a los invitados y a sus muchos cargos.

Entre esos cargos, enumerados en el libro de las casas señoriales de 1938 entre la Sociedad Geográfica y el capítulo de las órdenes, hay una línea fácil de pasar por alto: *Presidente del Automóvil Club Danés*.

Tómese nota. Tendrá importancia.

46. 1905 – Noruega consigue su rey

El 7 de junio de 1905, el Storting declaró disuelta la unión entre Noruega y Suecia. Suecia lo consideró una violación del acta de unión. Durante el verano, la armada sueca fue enviada a Strömstad, Noruega movilizó parcialmente y las negociaciones de Karlstad estuvieron a punto de romperse.

Al mismo tiempo, Noruega debía decidir qué sería: república o monarquía. Y si monarquía, ¿con quién?

El Storting ofreció primero el trono a un príncipe de la casa real sueca, como gesto de reconciliación. Pero el rey Óscar no estaba dispuesto a aceptar, y el gobierno noruego buscaba desde el principio una reserva. La reserva se llamaba príncipe Carl de Dinamarca, oficial de marina, segundo hijo del príncipe heredero Frederik, y casado con Maud, hija del rey de Inglaterra Eduardo VII. Un rey noruego de la casa danesa tendría raíces escandinavas y lazos familiares directos con la gran potencia a la que Noruega más deseaba acercarse.

Pero un príncipe danés no podía sacarse de Copenhague sin pasar por el gobierno danés. Y el ministro de Asuntos Exteriores de ese gobierno era el conde de Lolland.

El hombre tras la candidatura por el lado noruego era el diplomático Fritz Wedel Jarlsberg, enviado del gobierno noruego en Copenhague durante el verano y otoño de 1905. El Diccionario Biográfico Danés lo dice con sobriedad: Raben-Levetzau, como ministro, transmitió al príncipe Carl la propuesta de Wedel Jarlsberg de ocupar el trono noruego. El conde de Aalholm estaba directamente entre el enviado noruego y el futuro rey de Noruega.

El 29 de junio el príncipe dio su respuesta condicionada: estaba dispuesto, pero solo si el rey Óscar había declinado definitivamente en nombre de su casa, si tanto su abuelo Cristián IX como su suegro Eduardo VII daban su consentimiento, y solo una vez que Noruega y Suecia hubieran resuelto la disolución misma.

Raben-Levetzau tenía a la vez otra consideración: Suecia. Si Dinamarca ayudaba a Noruega con demasiado celo a conseguir un rey danés, se arriesgaba a envenenar las relaciones con Estocolmo durante una generación, y un Estado pequeño con Alemania a la espalda no podía permitirse enemigos al norte. Así que el conde procuró al mismo tiempo moderar las exigencias suecas durante la crisis, sobre todo la de dismantelar las fortalezas fronterizas noruegas, el punto más inflamado de Karlstad. Era diplomacia clásica: Dinamarca quería un príncipe danés en el trono de Noruega, pero no podía dejar que Suecia percibiera el resultado como una victoria danesa.

El 26 de octubre el rey Óscar renunció a la corona noruega. El camino quedaba libre, pero el príncipe no quería recibir una corona solo de manos de diplomáticos. Había republicanos en Noruega, y los rumores llegaban a Copenhague. Carl quería el sí de los noruegos. El primer ministro Michelsen habría preferido evitar un referéndum; el ministro danés, la casa real danesa y sobre todo el propio príncipe lo querían. Michelsen tuvo que ceder.

Los días 12 y 13 de noviembre de 1905 los noruegos votaron. 259.563 dijeron sí; 69.264, no. El 18 de noviembre el Storting eligió por unanimidad al príncipe Carl rey de Noruega. El telegrama se entregó en Copenhague esa misma noche, y la respuesta del príncipe llegó tres horas después: aceptaba, tomaba el nombre de Haakon VII y daba a su hijo el nombre de Olav. El 25 de noviembre los nuevos reyes fueron recibidos entre nieve y

niebla en Drøbak.

Haakon reinó cincuenta y dos años. Se mantuvo firme frente a los alemanes en 1940 y se convirtió en el rey más querido de su país. La casa real noruega que hoy ocupa el trono empieza con él. Y en el proceso diplomático que llevó al príncipe danés de Copenhague a Kristiania, se encuentra también el nombre del hombre de Aalholm.

47. 1908 – El conde va a ver al rey

El martes 8 de septiembre de 1908 el gobierno estaba en la Aduana de Copenhague para recibir a la emperatriz viuda Dagmar y a la reina Alejandra de Inglaterra. Mientras los ministros esperaban a las invitadas reales, el ministro del Interior contó al jefe del gobierno que el ministro de Justicia, Alberti, se había entregado a la policía por fraude y falsedad documental. J.C. Christensen lo llamó en su diario un trueno. No se atrevió a decírselo a Federico VIII en plena recepción y pidió al rey Jorge de Grecia, hermano del rey, que diera la noticia de vuelta a palacio.

Alberti había malversado quince millones de coronas, una suma con la que se habría comprado todo Lolland. Y el escándalo golpeaba a Christensen dos veces, porque ese mismo año había hecho que el Tesoro prestara millón y medio a la caja de ahorros que Alberti presidía.

De la Aduana, los ministros fueron directos al consejo.

El propio Christensen planteó la cuestión de dimitir. Dos lo apoyaron, y uno de ellos fue el ministro de Exteriores, el conde Raben. Los demás estaban en contra: una dimisión podía tomarse por admisión de complicidad y dañar el prestigio de Dinamarca. El gobierno decidió seguir hasta que se reuniera el Parlamento.

Raben no quedó satisfecho. El viernes 11 de septiembre Christensen anotó que el conde tenía reparos tanto por las inminentes leyes de defensa como por la situación política, y que había hablado de irse. Esa misma noche llegó una carta: seguía queriendo dimitir.

El sábado 12 de septiembre, a las nueve y media, los dos estaban frente a frente en el ministerio. Raben mantenía su deseo, pero quería hablar antes con el rey sobre si debía irse. Christensen entendió que en cualquier caso los dos volverían a hablar antes de que el conde decidiera. Luego Raben asistió al consejo de las diez y a la audiencia con el rey Jorge a las once y media, donde el rey de Grecia se declaró de acuerdo en que el gobierno siguiera.

Hacia la una entró el secretario del gabinete a ver a Christensen. El rey quería hablar con él entre dos y tres. El conde Raben había pedido su dimisión y la había obtenido. Mientras hablaban, llegó un mensajero con la solicitud escrita del conde.

Christensen estaba indignado. De camino a palacio se cruzó por casualidad con Raben en la calle. Cambiaron unas palabras y se separaron, según el diario, bastante bruscamente.

Federico VIII estaba en lo que Christensen llamó un estado nervioso. El rey anunció la dimisión de Raben, y ahora pedía la de todo el ministerio. Siguió un largo discurso sobre Alberti, sobre el préstamo, sobre la cuestión de la defensa. Y aquí afloró otro conflicto: Raben y Christensen discrepaban sobre la fortificación de Copenhague. El rey dijo que el conde podría seguir en el gobierno si Christensen proponía algunos fuertes en una línea sur, de la bahía de Køge a Roskilde.

Christensen dijo que no. Y cayó la frase que se cita desde entonces: no podía, al fin y al cabo, comprar al conde Raben por unos cuantos fuertes.

El gobierno siguió formalmente unas semanas; el 12 de octubre dimitió, y Neergaard formó otro. Raben no volvió a ser ministro. Christensen dijo en el partido que el conde había obrado por un malentendido, pero de buena fe, y añadió que resultaba tanto más extraño que el propio Raben fuera por ahí creyendo que estaría en el próximo ministerio.

¿Por qué había sido ministro? En 1905 fue una elección sorprendente: derechista, sin base política, con una carrera diplomática de veinte años atrás. El motivo de Christensen se desconoce. Visto así, 1908 es la historia de un terrateniente que entró en política sin base real y salió de ella de un modo con más consecuencias de las que él mismo parece haber previsto.

Alberti fue la causa. El préstamo de Christensen lo hizo vulnerable. Pero fue el conde de Aalholm quien se negó a seguir como hasta entonces. Fue a ver al rey. Cuando salió, el gobierno

empezó a caer.

Volvió a Aalholm y a la vida de uno de los mayores terratenientes del país. Más tarde formó parte del consejo parroquial de Nysted. En la política nacional no volvió a participar.

48. 1909 – El médico que escribió la historia de la ciudad

Cuando Nysted cumplió quinientos años como villa en diciembre de 1909, el ayuntamiento decidió celebrar el aniversario con un libro. Quien lo escribió fue el médico de la ciudad.

Carl Adam Hansen, doctor en medicina y físico diocesano, médico de Nysted durante una generación y concejal dieciocho años, y el mismo C.A. Hansen que ocho años antes había fundado la Crónica de Nysted. Asumió el encargo con modestia lollandesa. El prólogo se disculpa: la obra debería haberla escrito «un historiador de oficio», y Nysted «ha sido siempre una modesta pequeña ciudad». Puede decirse sin riesgo que se equivocaba sobre el valor de su propio libro.

En dos lugares rescata fuentes que de otro modo se habrían perdido. El manuscrito del sacristán Wejer de 1761 sobre los epitafios de la iglesia había sido prestado del archivo parroquial y nunca devuelto: «por suerte había hecho un extracto detallado», escribe secamente el médico. Y la partida de nacimiento de la

ciudad, la carta de Erik de Pomerania del 7 de diciembre de 1409, había desaparecido en el incendio del ayuntamiento de 1654; Hansen acudió a la Biblioteca Real, copió la carta de la transcripción de Resen e imprimió el texto completo: la libertad de «todo vínculo, trabajo e impuesto ... para con nuestro castillo de Aaleholm».

Para el castillo, el libro es un tesoro, y tres hallazgos destacan.

El primero es una heroína. El libro cuenta 1658 por extenso: cuando una partida sueca entró en Aalholm para obligar al escribano Iver Nielsen, «que pasaba por hombre rico», a entregar su dinero, su esposa Johanne Lerche, hija de un pastor de Nysted, acudió con un atizador al rojo y defendió a su marido con tal fiereza que el enemigo tuvo que huir. Entretanto se había avisado a la ciudad, y en la puerta los suecos toparon con burgueses armados. La esposa del escribano que puso en fuga a los soldados de Carlos Gustavo con un hierro de cocina al rojo. La pareja aún puede verse: su retrato con los ocho hijos cuelga en la iglesia de Nysted.

El segundo es un castillo vacío. Del siglo XVIII, el libro informa de que el joven conde Christian «habitaba la granja de Aalholm, por estar el castillo inhabitable a causa de su ruina». El castillo medieval estaba en ruinas y vacío a mediados del siglo XVIII: el trasfondo directo de la reforma de Otto Ludvig. Y el ciclo entre castillo y ciudad gana otro hilo: ya en 1551, los ladrillos del derribado convento de los Frailes Menores se habían reutilizado en Aalholm. El convento que el castillo había

protegido durante 250 años acabó, literalmente, en sus muros.

El tercero es 1864 y la paja en el camino.

El libro conserva también el delicioso episodio de 1848, cuando el conde Raben ofreció a la ciudad de siete a nueve cañones pequeños para el reducto —las «cabezas de gato», que en 1909 aún saludaban el cumpleaños del rey—, mientras el presidente de los representantes de la ciudad encontraba la carta del conde «redactada en tono sarcástico y ofensivo». Gregers era Gregers, también con el consistorio.

El libro termina donde empieza el futuro: «La línea del ferrocarril a Nykøbing está replanteada, y dentro de uno o dos años tendremos el tren». Nysted en 1909: 1.457 habitantes, la número 70 de las 76 villas del reino, pero con cinco siglos de historia, una calle mayor poética y quizá la vecindad más hermosa del país. La última línea de Hansen es el brindis de la ciudad: «¡Que Nysted camine hacia un futuro claro y feliz!».

Aarestrup había sido médico en Nysted y había escrito poemas. Hansen fue médico y escribió historia. Hay en la ciudad una estirpe de médicos que no podían conformarse con curar.

49. 1913 – Llega el rey

En octubre de 1913 Cristián X vino a Aalholm, y el preceptor lo vio desde su ventana.

Es uno de los relatos más hermosos que posee el castillo: no del conde, no del rey, sino de un joven contratado para instruir a los

niños, que estaba en su ventana y anotó lo que vio. El automóvil del rey en el dique. Los criados en fila. El conde de uniforme con sus condecoraciones. El rey, alto y rígido como un poste, que bajaba y saludaba. La música. Las banderas. La gente de la ciudad a lo largo del camino, saludando a un rey que había venido a cazar.

El personal del castillo de aquel año fue fotografiado: filas de lacayos, doncellas, cocineros, jardineros, cocheros, alineados ante la fachada sur de Holm con sus mejores ropas, con un rostro que dice que sabían de qué formaban parte.

Fue la cima. Aalholm en 1913 era todo lo que Frederik Raben-Levetzau había querido: una residencia de rango internacional, con el rey por huésped, el parque en todo su esplendor y personal suficiente para mantenerlo todo en el aire.

Y al año siguiente empezó la guerra.

50. 1915–1921 – La factura, segunda vez

Lo primero que la Gran Guerra le quitó a Aalholm fueron los jardineros.

Dinamarca era neutral, pero el mundo no, y el precio de todo subió, y los hombres se fueron a otros trabajos, y la gran servidumbre que exigían jardines, edificios y recepciones ya no podía mantenerse. Como en todas las demás residencias, los jardines de mucho cuidado fueron los primeros en pagarlo. La consigna fue simplificar. Las quince mil flores del Arreglo

fueron menos. El Sistema se cubrió de maleza. El gran huerto se convirtió en explotación hortícola que debía ganar dinero en lugar de costarlo.

En 1915 sonó el teléfono en Aalholm. Al otro lado: el inicio de la venta de las Antillas danesas a Estados Unidos. Se consultó al antiguo ministro, y Dinamarca vendió sus islas tropicales por veinticinco millones de dólares. Ese era el tipo de llamadas que recibía Aalholm en aquellos años.

En 1918 se construyó la Casa de los Osos, una casa en el parque, llamada así por los osos del conde loco, que seguían allí. En 1919 se casó una hija, y hubo boda en el castillo, la última de las grandes. La condesa era inglesa de espíritu y creó, en el pequeño sector junto a Nysted, su propio trozo de Inglaterra: la Escuela Inglesa, la llaman las fuentes.

Y luego llegó la abolición de los mayorazgos.

El Parlamento aprobó la ley en 1919. Los condados —el de Emerentia, todos los demás, todo el sistema de tierras vinculadas que había sostenido a la nobleza durante doscientos años— debían disolverse. La tierra pasaría a propiedad libre a cambio de un canon al Estado y la cesión de tierras para nuevas pequeñas explotaciones.

Para Aalholm la factura de 1921 fue de 1.767.000 coronas al Estado, 2.115.600 coronas depositadas en el fondo de sucesores y 269 hectáreas cedidas para treinta y cinco pequeñas explotaciones estatales y cinco parcelas complementarias. El conde luchó por preservar Aalholm mismo y redujo la cesión

aquí a 68 hectáreas; Bramsløkke cedió 131, Egholm 41, y el resto se tomó de su finca de Beldringe, en Selandia.

El condado de Aalholm dejó de existir. El castillo era solo un castillo. La tierra era solo tierra.

El conde tenía entonces sesenta y dos años y llevaba cuarenta en Aalholm. Estuvo doce más.

51. 1920 – La hora decisiva de las casas señoriales

A principios de la década de 1920 apareció una de las obras más ambiciosas jamás escritas sobre las casas señoriales danesas: *Casas señoriales danesas hacia 1920*, tres pesados tomos, casi dos mil páginas, las fincas del país descritas una por una. Aalholm tuvo su capítulo en el tomo segundo.

La verdadera historia de la obra está en las tres palabras del título: *hacia 1920*. El año no era casual. Con la constitución de 1915 y la ley de abolición de mayorazgos de 1919, Dinamarca había decidido liquidar el último resto de la vieja sociedad de privilegios: condados, baronías y mayorazgos, los feudos vinculados que desde el absolutismo se transmitían indivisos de titular en titular. Ahora pasarían a propiedad libre a cambio de un fuerte canon al Estado y la cesión de tierras para pequeñas explotaciones. Para familias como los Raben, era el fin de una época.

Bajo esa luz nació la obra. Cuatro hombres se propusieron documentar la Dinamarca de las casas señoriales tal como

estaba en el momento de la transición. La redacción era en sí un retrato de época: Louis Bobé, el primer genealogista del momento; Vilhelm Lorenzen, el historiador de la arquitectura; el barón Berner-Schilden-Holsten, terrateniente con corazón de historiador; y el barón Palle Rosenkrantz, jurista, historiador de fincas y, de paso, primer autor de novela policíaca de Dinamarca. Dos eruditos y dos nobles que juntos levantaron un monumento al mundo que la ley desmontaba. *Hacia 1920* significa: antes de las cesiones, antes de las parcelaciones, antes de que el viejo mundo se escurriera. Un levantamiento de referencia en el punto de inflexión de la historia: para las casas señoriales, lo que el *Status 1901* de Hansen había sido para Nysted.

¿Y cómo estaba Aalholm cuando se tomó la fotografía? Como un castillo en la cima de su segunda edad de oro. La reforma de Holm había dado al castillo medieval su esplendor historicista. La visita real de 1913 —con tronos, mil lámparas y fuegos artificiales— había mostrado el viejo mundo en plena floración. El propietario, antiguo ministro, figuraba entre los hombres más distinguidos del reino.

Pero en el castillo se sabía muy bien lo que significaba 1920, en más de un sentido. Precisamente en esos años, el friso heráldico del gran salón recibió, junto a las armas de Schleswig, su conmovedor añadido: *hasta 1864, de nuevo 1920*. La alegría de la reunificación y la gravedad de la abolición, pintadas y vividas en los mismos muros en los mismos años. Un punto de inflexión no puede marcarse con más claridad.

La familia siguió en Aalholm tres generaciones más, hasta 1995, pero desde la década de 1920 como propietarios en sentido moderno, no como titulares de un mayorazgo. La época del «Aalholm de los condes» tuvo aquí su quiebra formal, aunque su corazón latió setenta años más.

Precisamente porque la obra es una instantánea, no envejece. Es su momento. Burman Becker 1830, el libro popular 1869, el libro del jubileo 1909, la obra sobre las casas señoriales 1920: cada medio siglo ha visto Aalholm con ojos nuevos y lo ha puesto por escrito. Esta fue la mirada de los años veinte: la última que vio viva la Dinamarca de los condes.

52. 1931 – El jardín encuentra a su historiador

Johannes Tholle fue una de las figuras más singulares y laboriosas de la historia de la jardinería danesa: jardinero y paisajista de formación, pero sobre todo un escritor incansable que durante medio siglo cartografió jardines, parques y cementerios daneses en cientos de artículos, a menudo en los anuarios de historia local, donde parroquia a parroquia y finca a finca rescataba la historia de los jardines antes de que se cubriera de maleza.

En 1931 dirigió la mirada a Aalholm. En el anuario de la Sociedad Histórica de Lolland-Falster apareció «El jardín del castillo de Aalholm»: doce páginas, la primera verdadera historia del parque, de 1796 a 1920.

Doce páginas no parecen mucho. Pero cuando la historiadora de la ciencia Gerd Malling hizo balance en 2002 de la obra coleccionista de los condes, constató que el arboreto y el jardín de Frederik Christian eran «la única parte de su obra que se ha recordado hasta hoy», y que se recordara se debía esencialmente al pequeño estudio de Tholle. Sin él, también el jardín habría caído en el olvido.

Llegó a tiempo. Apenas una década después de la abolición, cuando aún podía preguntarse a gente que había conocido el parque en su esplendor tardío. Reunió los hilos: las propias palabras del conde sobre «mi jardín inglés de Christiansholm», creado en el otoño de 1796; el cuartel botánico que en 1833 contaba 1.500 especies, sin igual en Dinamarca, donde muchos árboles y arbustos crecían por primera vez en suelo danés; la descripción entusiasta de la revista de horticultura de 1849; la mención del libro popular de 1869; la lista de plantas versificada de Munch de 1874; el informe del jardinero jefe Larsen de 1897. Lo llevó hasta el umbral de la abolición, cuando los jardineros desaparecieron y las flores del Arreglo escasearon.

Era en el fondo una necrológica. Pero también un legado. Los herbarios de los condes se vendieron, las aves se dispersaron, las partituras se olvidaron en una cámara de la torre, el mobiliario se subastó, pero el jardín no podía meterse en cajas, y su historia sobrevivió porque un hombre, en 1931, se sentó y la escribió. Transmitir es conservar. Lo escrito permanece cuando los objetos desaparecen.

Y algo del viejo parque sigue vivo. Alberga todavía curiosidades botánicas de la época del conde: fuentes vivas y verdes, más antiguas que la mayoría de lo que guardan los archivos. Para quien hoy quiera restaurar el jardín, las doce páginas de Tholle, el poema de Munch y el informe del jardinero Larsen son la base de trabajo.

53. 1933 – Adiós

La Excelencia murió en 1933, tras más de cincuenta años como señor de Aalholm.

El 5 de junio de 1933 Cristián X vino a Aalholm a despedirse. Habían pasado veinte años desde que el preceptor lo viera bajar del coche en el dique. El rey era más viejo, más rígido, y Dinamarca era otro país: con crisis, con paro, con condados que ya no existían. Pero vino. Se le ve en la fotografía: el alto rey de uniforme, entrando en la escalera de Holm, donde por una vez el órgano callaba.

El conde fue depositado en la capilla de la iglesia de Nysted, con Emerentia, Otto Ludvig y los demás. Nueve generaciones, pronto.

El hijo no recibió el título de conde. Con la abolición de los mayorazgos se habían suprimido los nuevos condes; tuvo que conformarse con ser barón. Johan Otto Raben-Levetzau, nacido en 1904, veintinueve años, heredero de un castillo de rango internacional, un parque de 170 hectáreas, una

explotación hortícola, una granja, una villa en Cannes, un piso en Amaliegade, y de una época que ya no tenía sitio para nada de eso.

Barón, como se vería, era más que suficiente.

QUINTA PARTE: EL BARÓN DE LOS AUTOMÓVILES

54. 1940–1955 – La restauración que no llegó a ser

Johan Otto Raben-Levetzau tenía un plan.

Había crecido en el Aalholm de su padre —el teatro de ojivas y cuero dorado de Holm— y sabía, como cualquiera con ojos en la cara, que ya no era un castillo medieval. Era un castillo de 1889 disfrazado de tal. Y el barón quería recuperar el verdadero.

En 1943 y 1944, en plena Ocupación, proyectó una gran restauración que debía «camuflar las violentas intervenciones del padre». Las buhardillas debían desaparecer. El revestimiento incorrecto debía retirarse. El ala Margarita debía devolverse a la época de la reina. Consiguió parte: el ala Margarita se restauró, algunas buhardillas desaparecieron, parte del muro falso cayó. Pero los tiempos no acompañaban. Había guerra, no había dinero, y después no fue mejor.

En 1945 llegaron los refugiados. Civiles alemanes, mujeres, niños y ancianos, empujados por el ejército ruso, desembarcados en Lolland a millares. En Stubberupgaard, una de las granjas de la finca, se tendió alambre de espino, y tras el alambre vivieron años mientras Dinamarca debatía qué hacer con ellos. Diez años después, en 1955, los niños de la guerra llegaron a Skansevej 34: otra clase de refugiados, otra clase de cuidado.

Aalholm atravesó la guerra como había atravesado todas las demás: estando ahí, teniendo sitio, esperando.

Pero el barón no esperaba bien. No era su padre, el conde paciente de los muchos cargos. Ni su bisabuelo, el naturalista viajero. Era otra cosa. Era, como dicen las fuentes con una sonrisa poco frecuente, *juguetón*.

Y amaba los automóviles.

55. 1944 – La película

El 31 de marzo de 1944 se estrenó en el Palads de Copenhague un documental de doce minutos, como complemento del policíaco *Mordets Melodi*. Se titulaba *Las islas danesas de los mares del Sur*.

Era el cuarto año de la Ocupación, y la película era de las que Dansk Kulturfilm hacía para recordar a los daneses lo que era danés: el puente del Storstrøm, que había unido Lolland y Falster con Selandia; iglesias, casas señoriales, remolachas y azucareras; la playa de Marielyst; transbordadores y trenes;

Maribo, Nakskov, Sakskøbing, y Aalholm y Nysted. El director era Bjarne Henning-Jensen, con su esposa Astrid como ayudante, Poul Gram en la cámara y música de Børge Roger Henriksen. Blanco y negro, dieciséis milímetros, con narración.

La cámara recorría la albufera, el dique, hacia la fachada sur de Holm con el sol en los muros rojos. Son las imágenes en movimiento más antiguas del castillo. El barón tenía cuarenta años y acababa de empezar la restauración del ala Margarita. Los coches aún no estaban tras el secadero de grano. El parque seguía siendo el de Milner. Hoy puede verse la película, en Danmark på Film, y ver Aalholm como era, justo antes de que empezara todo lo demás.

56. 1964–1972 – Gasolina en la sangre

No era una afición. Era una vida.

El padre había sido presidente del Automóvil Club Danés, cuando el automóvil era algo en lo que viajaba la nobleza y que los campesinos miraban boquiabiertos. El hijo fue más allá. Coches viejos. Coches raros. Coches imposibles. Los compraba en viajes por todo el mundo —Inglaterra, Francia, América— y los enviaba a Lolland, donde se aparcaban tras el secadero de grano, en los graneros, en la cochera donde antaño habían dormido los elegantes carruajes del conde.

Uno puede imaginar al administrador en los años cincuenta: un hombre sobrio, responsable de una finca cuya tierra se ha

reducido a la mitad y cuyos bosques se han vendido, y que un día se enterara de que ha llegado otro coche de América, ¿y dónde lo ponemos? Tras el secadero, dice el barón. Ya hay catorce, dice el administrador. Pues detrás de los catorce, dice el barón.

En 1964 la colección era tan grande que ya no era una colección. Era un museo. Y el barón hizo de ello una estrategia: Aalholm ya no viviría de la tierra. Viviría de los visitantes.

En 1972 el castillo y el parque se abrieron al público. Trescientos vehículos expuestos. Uno de los mejores museos del automóvil del norte de Europa, en una isla llana de la albufera de Nysted, donde seiscientos años antes un rey había estado encadenado. La gente acudió a millares. Venían en coche desde toda Escandinavia y Alemania a ver los coches del barón, y luego recorrían la escalera de Holm, el parque de Frederik Christian y la Casa de los Osos de Gregers sin entender del todo lo que habían visto, pero volvían.

El barón de los automóviles, lo llamaban. Él lo tomó como un cumplido.

57. 1965 – El hombre que leía los muros

Si las fuentes de la cronología tuvieran que coronar a su rey, la elección sería fácil. Chr. Axel Jensen era el gran arqueólogo medievalista del Museo Nacional, y su capítulo sobre Aalholm en *Castillos y casas señoriales de Dinamarca* —escrito en los años cuarenta, actualizado para la segunda edición de 1965, tan

tarde que hasta el recién abierto museo del automóvil entró— es el texto sobre el que se apoya y que cita toda la investigación posterior.

Hizo lo que nadie había hecho sistemáticamente: leyó los propios muros como fuente, piedra a piedra, hilada a hilada, y los cruzó con las cifras secas de las cuentas del feudo.

El conjunto, un rectángulo de setenta y cuatro por treinta y cinco metros con las torres de las esquinas a ras de muro, se había «formado pieza a pieza, ampliado y modificado a lo largo de un par de siglos, y el castillo probablemente nunca llegó a terminarse». Lo más antiguo es la torre noroeste, con muros de tres metros en torno al sótano abovedado donde estuvo el rey: siglo XIV. Más recientes son el muro norte y la torre noreste, cuyos ladrillos flameados recuerdan a Vordingborg y quizá sean de Valdemar Atterdag. Los sótanos bajo la esquina sureste del ala este, con el resto de una escalera de caracol como la de la iglesia de Nysted, son de principios del siglo XV: «con toda reserva, cabría pensar aquí en Erik de Pomerania como constructor». Y la parte oeste del ala sur, donde una sala tenía roleos góticos pintados de hacia 1400, llevaba «no sin cierta razón» el nombre de ala Margarita. Hasta resolvió el enigma de las cinco torres de 1671: la «torre suroeste» no era una torre, sino un tramo de tejado rebajado que daba a la esquina aire de torre.

Para el siglo XIV halló un documento que la cronología tuvo que adoptar: en 1336, el conde Calvo renunció a sus pretensiones sobre «dat hus to Alholme», y parece que el conde Juan, en

los años siguientes, no solo fundó Ravnsborg sino que también construyó en Aalholm.

La pieza maestra del capítulo es la obra de 1578–1588, reconstruida a partir de las cuentas del feudo. Se derribó una casa de piedra del convento de Nysted por sus materiales. El gobernador Hak Ulfstand fue eximido tres años de 500 táleros de su canon a cambio de pagar él mismo albañiles y carpinteros, mientras el rey aportaba madera, hierro y cien lastres de cal. La cal venía de Mariager; la madera de pino, de Gotland. Y cuando los reyes inspeccionaron en 1585 la obra terminada —la visita que el bufón inmortalizó en el muro— hubo, como formula secamente Jensen, «quizá como resultado de las conversaciones durante la bebida, un nuevo contrato»: Ulfstand elevaría a su costa las torres inacabadas 3,77 metros sobre los tejados. Pero Federico II murió en 1588 antes de que la obra terminara, y por eso la torre oeste carece aún hoy de su última planta, mientras la torre este es la más alta. El desigual par de torres del castillo es un monumento a la muerte de un rey en mitad de una obra.

Se atrevió también a juzgar. La reforma de Holm de 1889 se describe con lealtad en todos sus detalles, pero el veredicto es cortante: una lujosa residencia «adecuada para el ministro de Asuntos Exteriores del país y hecha para grandes fiestas, del todo en estilo internacional», que «bien podría haber estado en cualquier lugar del continente europeo». Del castillo real nórdico apenas quedaba nada visible. «Hizo falta un cambio de generación para que pudiera remediarse». Y la respuesta

llegó: el barón hizo restaurar en 1944 el ala Margarita por el arquitecto Helge Holm, mientras el Museo Nacional descubría los cimientos de la torre-puerta.

El barón lo guio, seguramente, hablando de coches. Jensen miraba las piedras. Cada uno tenía su colección. Y el capítulo termina donde a uno le gusta estar: «El nuevo Aalholm sonrío alegre entre los árboles verdes hacia el amable fiordo».

58. 1968–1989 – Un tren de vapor, un caza a reacción y una cabina telefónica

No podía parar.

A través del parque del castillo —el parque de Milner, el parque de Frederik Christian— el barón tendió un ferrocarril de vía estrecha con una auténtica locomotora de vapor. La Stubberup Strand Bane, se llamaba, y corría del museo a la playa a través del parque, con humo en la chimenea, silbidos en los pasos y niños asomados a las ventanillas entre los árboles exóticos.

Compró un caza a reacción dado de baja por las fuerzas armadas y lo puso en el parque infantil. Uno imagina la conversación con la Fuerza Aérea: ¿Para qué lo quiere, señor barón? Para que los niños se suban. Muy bien.

Compró una de las viejas cabinas telefónicas de Copenhague —esas garitas redondas con tejado de cobre donde antaño se

llamaba por diez øre— y la puso en el jardín al oeste del castillo, donde quedó como una forastera educada entre rododendros y columnas latinas. Nadie sabe bien por qué. Al barón le hacía gracia.

Llegó una cafetería. Llegó un parque infantil. Llegó, en 1989, un aeródromo privado donde se podía comprar un vuelo sobre el castillo y ver lo que el rey había visto en 1256: el islote llano, el agua alrededor, los ángulos.

Y llegaron los equipos de rodaje.

En los años sesenta y setenta Aalholm fue escenario de una serie de comedias danesas —*Halløj i Himmelsengen* y sus hermanas, películas con damas ligeras de ropa y enredos en casas de campo—. El gran salón, donde el bufón de Federico II había firmado el muro, fue decorado de comedias de alcoba. Las cámaras rodaron por la suite de gala de Holm. Las actrices corrían en salto de cama por las salas de cuero dorado.

Koryot lo habría entendido. Al fin y al cabo, había pasado trescientos años al pie del muro con una jarra de cerveza esperando a que alguien volviera a reír.

59. 1980 – Merete y John

En 1980 tomó el relevo, en la práctica, la siguiente generación.

John Raben-Levetzau, hijo del barón, y su esposa Merete se instalaron y empezaron a llevar Aalholm como lo que se había vuelto: un museo con un castillo dentro. Los coches eran la

atracción. El tren de vapor circulaba. El parque estaba abierto. Y en las salas donde habían cenado emperadores vivía ahora una familia con hijos que crecían entre el cuero dorado de Holm y la cabina telefónica del barón.

Ese mismo año volvió el Museo Nacional, esta vez no a leer muros sino personas. «Vida señorial» se llamaba el estudio: cómo se vivía en una residencia señorial danesa en 1980, qué quedaba de lo viejo, qué había llegado nuevo. Aalholm fue uno de los ejemplos. Los investigadores iban con cuadernos preguntando, la familia respondía, y salió un capítulo sobre una estirpe que intentaba dar sentido a un castillo medieval en tiempos de televisión y museos del automóvil.

Duró doce años más.

60. La Riviera – El chófer va por delante

Pero el barón no vivía solo en Aalholm. Ninguno de ellos lo hizo nunca.

Tenía una casa en Sankt Annæ Plads, en Copenhague, en el barrio donde su padre había tenido Amaliegade. Tenía —y es el detalle que mejor cuenta quién era— cuarenta hectáreas de arena junto al fiordo de Ringkøbing, de las que se había enamorado en los años treinta y donde construyó su propio pueblo de vacaciones privado: casas exóticas, pista de tenis y una piscina de agua de mar bombeada del fiordo por una manguera. Un pueblo de vacaciones privado. Para él y sus invitados. En el

oeste de Jutlandia.

Y tenía un yate a motor con tripulación en la Riviera.

Cuando el barón iba a Cannes, iba en avión. Era moderno, y él era moderno. Pero un barón no puede llegar al puerto en taxi. Así que se enviaba al chófer por delante —desde Lolland, a través de Alemania y Francia, día tras día— con el Rolls-Royce, para que el barón pudiera ser llevado con el debido decoro del aeropuerto al puerto, donde esperaba el yate.

Uno puede imaginar al chófer. Un hombre de Lolland de uniforme al volante de un Rolls-Royce por la Nacional 7, entre viñedos y pueblos franceses, con un mapa en el asiento del pasajero y un barón que recoger dentro de tres días. Uno puede imaginarlo en el aeropuerto de Niza, gorra en mano, y al barón saliendo al sol, asintiendo, subiendo y diciendo: «Al puerto».

No era locura. Era estilo. Pero estilo que costaba.

61. 1989 – Oscuro y trece grados

Para pagar, vendió tierra.

Primero tierras de labor, luego bosques. Los recursos básicos de la finca, lo que había sostenido Aalholm durante siete siglos, se fueron pedazo a pedazo, hasta que ambos quedaron reducidos más o menos a la mitad. Los coches costaban. El pueblo de vacaciones costaba. El yate costaba. La vida costaba, y el barón había decidido vivirla.

En 1989 la bodega fue a Christie's.

La bodega de Aalholm era famosa: oscura, trece grados, una fortuna en añadas antiguas, reunida por generaciones de condes que sabían lo que bebían. Burdeos de los grandes años. Borgoñas que ya nadie encontraba. Las fuentes lo llaman *el vino millonario del barón*. Desapareció en dos horas bajo el martillo en Londres —botella a botella, caja a caja— entre coleccionistas de todo el mundo que no sabían que compraban un trozo de Lolland.

Uno puede imaginar al barón aquella noche. Solo en la bodega vacía, lámpara en mano, entre estantes vacíos donde el polvo aún guardaba la forma de las botellas. Tenía ochenta y cinco años. No se arrepentía de nada. Seguía sin arrepentirse.

62. 1990–1991 – El túnel y el tesoro

Hay un túnel que sale de Aalholm.

Todo el mundo en la comarca lo sabe. Pasa bajo la albufera hasta la ciudad, dicen unos. Hasta la iglesia, dicen otros: hasta la capilla donde yace Emerentia. Hasta la isla de la Reina Viuda. Hasta Bramsløkke. Lo cavaron en la Edad Media para que huyera el rey, o en 1658 para que el gobernador escapara de los suecos, o el conde loco, porque sí.

En 1990 se volvió a hablar de él, como cada diez años. Nadie lo ha encontrado. Todos están seguros de que existe.

Pero en 1991 se encontró algo real. En la torre —en una habitación que nadie usaba desde hacía décadas— dormía un tesoro de partituras. La colección musical de Otto Ludvig, las

partituras del conde paciente del siglo XVIII, cantatas, sonatas y danzas que se habían tocado en las salas de Aalholm mientras el nieto de Emerentia esperaba poder permitirse un ala este. Doscientos años a oscuras, y un día de nuevo la luz.

El túnel no existe. Las partituras, sí. Así es Aalholm: lo que se busca rara vez es lo que se encuentra.

63. 1992–1996 – Martillazo sobre una época

El barón murió en 1992. Tenía ochenta y ocho años y llevaba cincuenta y nueve en Aalholm.

El hijo, John Raben-Levetzau, tomó el relevo. Y no heredó solo un castillo, un museo del automóvil y un parque. Heredó un impuesto de sucesiones tan descomunal que no podía pagarse, y préstamos cuyos intereses y plazos, como dicen las fuentes, subían «por encima de las chimeneas». El barón había vivido. Ahora el hijo tenía que pagar.

No había manera. La tierra estaba reducida a la mitad. Los bosques, a la mitad. El vino, vendido. Los coches eran todo lo que quedaba de valor, y no bastaban.

En 1995 el banco se quedó con la finca. Fue el día en que 270 años de posesión familiar empezaron a terminar.

En 1996 llegó Sotheby's. El mobiliario salió a subasta: las camas de dosel, los cuadros, el cuero dorado, los muebles antiguos, toda la escenografía de Holm para emperadores y reyes, alineados en un catálogo con números de lote y estimaciones.

Uno puede imaginarlo: compradores y anticuarios recorriendo la suite de gala catálogo en mano, el precio de todo calculado de antemano, mientras el órgano del vestíbulo callaba y Koryot miraba desde el muro con su jarra.

Martillazo sobre una época, lo llaman las fuentes. Es exacto. Tras más de 250 años en manos de los Raben y los Raben-Levetzau, la novena generación tuvo que abandonar la isla llana de la albufera.

La Dama Blanca, dice la leyenda, solo aparece cuando el propietario no tiene hijos. John Raben-Levetzau tenía hijos. Cabe preguntarse qué pensó Emerentia aquel día: si estaba en la ventana sobre la albufera viendo los camiones de mudanza en el dique, y si entendió que el condado por toda la eternidad había terminado, no por falta de heredero, sino por falta de dinero.

Había comprado el castillo por 94.929 rigsdaler. No había previsto que alguien pudiera perderlo.

EPÍLOGO: LA CUARTA CAMPAÑA

64. 1995–2012 – El multimillonario que coleccionaba castillos

El comprador de 1995 fue Stig Husted-Andersen.

Era un hombre reservado, un multimillonario a quien nadie conocía de verdad, que coleccionaba casas señoriales y villas de la Strandvej como otros coleccionan sellos. Compró Aalholm y lo dejó estar. No vivió en él. No reformó nada. El castillo que había visto reyes y emperadores entró en una especie de letargo: en propiedad, mantenido, pero sin señores.

Husted-Andersen murió en 2008, y tres hermanas —sus hijas— siguieron adelante. En 2002 la investigación había redescubierto las colecciones de los condes: el herbario de Frederik Christian, sus aves, sus fósiles, dispersos por museos de todo el país, pero aún rastreables hasta la torre de Lolland.

Y en 2012 cayó el último martillazo. Los coches se fueron de Aalholm.

Los trescientos vehículos del barón, reunidos en una vida, expuestos cuarenta años, salieron a subasta y se dispersaron a los cuatro vientos. El Rolls-Royce que el chófer había llevado a Cannes se fue en un camión. Tras el secadero de grano quedó el vacío.

65. 2019 – Después de 2019

En 2019 Bo Bendtsen compró el castillo con unas cinco mil hectáreas de tierra y bosque.

Es la cuarta gran campaña de la historia de Aalholm, dicen las fuentes. La primera fue la de los reyes: el castillo que debía cerrar Dinamarca por el sur. La segunda fue la de los condes: la compra de Emerentia, el ala este de Otto Ludvig, el parque de Frederik Christian, el teatro de Holm. La tercera fue la del barón: los coches, el tren de vapor, los visitantes. Y la cuarta es la que está en marcha, donde se pueden alquilar las casas, celebrar bodas en los salones, cazar en el bosque de Roden y leer la historia año a año en una página web que se ha convertido en la nueva pintura mural del castillo.

Lindholm —la pequeña isla deshabitada de la laguna tras Rødsand— sigue formando parte. Las anguilas siguen llegando cada otoño.

66. Hoy – Los que se quedaron

Johan Frille fue gobernador de Aalholm alguna vez en la Edad Media, y las penalidades de la guerra lo dejaron paralítico.

Le dolía profundamente no poder montar ya su buen caballo. Así que exigió que el caballo —ensillado, con brida y estribos— lo siguiera a todas partes. Por los corredores. A las salas. Escaleras abajo. Un hombre paralítico en una silla y un caballo ensillado detrás, fuera donde fuese, para al menos oír los cascos.

La leyenda dice que el caballo fantasma de don Johan Frille sigue rondando Aalholm. Se le oye de noche, dice la gente: cascos sobre losa, en un corredor donde no hay caballo. Busca a su amo. O lo sigue todavía.

Christoffer Koryot sigue en el muro de la sala este con su gorro de bufón y su jarra, bajo el rey, la reina y todos los consejeros, riéndose de todos ellos, como hace desde 1585.

Cristóbal II ya no está en el sótano. Pero los visitantes que bajan notan un silencio particular.

Y Emerentia von Levetzau, que compró un castillo por 94.929 rigsdaler y creó un condado para toda la eternidad, sigue haciendo sus rondas por los largos corredores cuando no hay heredero. Vela. Lo lleva haciendo trescientos años.

Nadie sabe si camina hoy. Se sabe que el castillo está en pie, en el islote llano de la albufera donde el agua salada se encuentra con la dulce, rojo y pesado y, sin embargo —desde el sur, a la luz del atardecer, con el sol entre los árboles sobre los viejos muros—,

sonriente.

Un rey se detuvo aquí un día y vio los ángulos.

La belleza llegó después. Pero llegó.

Todas las historias-fuente, año a año, en aalholmslot.dk/slot/historie.

CLAVE DE FUENTES

Las 96 historias de aalholmslot.dk (títulos en danés) y el capítulo en que se narra cada una. Todos los capítulos se basan en los propios artículos-fuente; solo las dos entradas de 1980 (marcadas con †) se escribieron a partir de los títulos.

Bajo la Corona

- 1195 Refshaleborg · 1256 Borgen fødes → Prólogo
- 1329 Forliget i Ringsted → cap. 1
- 1330 Grevens gave til præsterne → cap. 2
- 1332 Christoffer 2. i fangekælderens → cap. 3
- 1342 “Kongens grove anmasselse” · 1346 Valdemar genvinder · 1360 Hertugen holder hof → cap. 4
- 1362 Topmøde · 1366 Ålholm-traktaten → cap. 5
- 1368 Manden der talte sig fra en belejring → cap. 6
- 1376 To konger, én krone → cap. 7
- 1377 Kejseren stævner hovedsmanden → cap. 8
- 1394 Nordens mægtigste kvinde → cap. 9
- 1409 Nysted sættes fri · 1438 Hertug Barnim · 1445 Den 15-årige brud · 1454 Christian I · 1471 Dorothea får pant → cap. 10

- 1460 Enkedronningernes livgeding → cap. 11
- 1503 Kong Hans → cap. 12
- 1516 Christian II · 1526 Frederik I → cap. 13
- 1533 Bønderne dræber fogeden · 1534 Nysted stormer slottet → cap. 14
- 1538 De sidste gråbrødre · 1551 Christian III vinder tilbage → cap. 15
- 1581 Østfløjen og kongeparret på væggen → cap. 16
- 1588 Sophies kopibøger · 1594 Enkedronningens ø → cap. 17
- 1628 Krigsfanger · 1634 Troldkvinden → cap. 18
- 1658 Over isen → cap. 19
- 1658 De glemte år · 1671 Brøstfældigheden · 1725 Kongen sælger → cap. 20
- 1662 Aalholm Amt → cap. 21
- 1717 Færgemandens puddermonopol → cap. 22

Bajo la nobleza

- 1725 Grevernes genrejsning · 1734 Enken, drengegreven og grevskabet → cap. 23–24
- 1749 Grevens dagbog · 1775 Opdragelsesbogen · 1779 Den gamle borg bliver moderne → cap. 25
- 1765 Grevens sæler → cap. 26
- 1770 Grevens hemmelige kode → cap. 27
- 1791 Frederik Christian Raben · 1821 Gejrfuglen → cap. 28
- 1830 Antikvarerne opdager Aalholm → cap. 29

- 1838 Gregers Christian Raben → cap. 30 og 36
- 1843 Christian VIII og Caroline Amalie → cap. 31
- 1864 De tolv på kirkegården → cap. 32
- 1865 Den gale greve på Rydhave → cap. 33
- 1869 Gamle danske Minder → cap. 34
- 1874 Andreas Munch → cap. 35
- 1880 Den blinde historiker · 1881 Højesteret → cap. 37
- 1884 Fasanerne → cap. 39 · 1885 Kongeørnene → cap. 40
- 1889 Slottet får sit ansigt · 1890 Grevindens Ø → cap. 38
og 41
- 1890 Parforcejagten → cap. 42
- 1891 Prinsen af Siam · 1902 Prinseparret · 1906
Kongebesøget · 1908 Kejseren og kongen → cap. 43
- 1901 Nysted-krøniken → cap. 44
- 1905 Udenrigsministeren → cap. 45
- 1905 Norges konge → cap. 46
- 1908 Greven går til kongen → cap. 47
- 1909 Jubilæumsbogen → cap. 48
- 1913 Christian X set fra huslærerens vindue → cap. 49
- 1915 Telefonen · 1918 Bjørnehuset · 1919 Den Engelske
Skole · 1921 Lens afløsningen → cap. 50
- 1920 Danske Herregaarde ved 1920 → cap. 51
- 1931 Tholle om slotshaven → cap. 52
- 1933 Christian X siger farvel → cap. 53
- 1938 Spøgelseshesten, den hvide dame og hofnarren →
cap. 16, 24, 30, 66

- 1940 Baronen · 1945 Flygtningene · 1955 Krigens børn → cap. 54
- 1944 Filmen om Sydhavsøerne → cap. 55
- 1964 Rolls-Roycen bag korntørreriet · 1972 Slottet som museum → cap. 56
- 1965 Chr. Axel Jensen → cap. 57
- 1968 Stubberup Strand Bane · 1976 Filmholdene · 1989 Flyvepladsen → cap. 58
- 1980 Merete og John Raben · 1980 Herregårdsliv → cap. 59 †
- 1989 Vinkælderen hos Christie's → cap. 61
- 1990 Den hemmelige tunnel · 1991 Nodefundet → cap. 62
- 1992 Den sidste familie · 1995 Slægtsbesiddelsen slutter → cap. 63

El presente

- 1995 Stig Husted-Andersen · 2002 Grevernes samlinger · 2008 Tre søstre · 2012 Bilerne forlader → cap. 64
- 1996 Den store auktion → cap. 63
- 2019 Den fjerde kampagne → cap. 65